

EMILIO
FRUGONI

EL LABORISMO BRITANICO



EDITORIAL «AFIRMACION»
RIO NEGRO 1269
TELEF. 8 27 82
MONTEVIDEO • URUGUAY

PRECIO \$ 0.50

TALLERES GRAFICOS "SUR"
JUAN CARLOS GOMEZ 1223

1941

EMILIO FRUGONI

EL
LABORISMO
BRITANICO



Editorial
AFIRMACION

MONTEVIDEO

OBRAS DEL AUTOR

EN PROSA

Los impuestos desde el punto de vista social. Editorial Renacimiento - 1915.

Los Nuevos Fundamentos. - Ed. Maximino García - 1917.

La Lección de México. (Dos conferencias pronunciadas en la Universidad de Montevideo) Editorial Augusta - 1927

La Sensibilidad Americana Editorial Maximino García - 1929.

La Revolución del Machete Ed. Claridad. Bs. Aires. - 1933.

Ensayos Sobre Marxismo. - Ed. Claudio García - 1935

La Mujer Ante el Derecho. Ed. Indocamérica - 1940.

FOLLETOS

El Trabajo Nocturno (Conferencia pronunciada en el Ateneo).

El Socialismo (Conferencia pronunciada en El Ateneo).

Socialismo, Bat'ismo y Nacionalismo. - Jubilaciones Obreras (Conferencia de Cátedra)

El Socialismo no es la violencia, el despojo ni el reparto.

¿Qué es y que quiere el Partido Socialista?

El nazi - fascismo en la enseñanza (Discurso parlamentario).

Mensaje a la Juventud. - (Discurso en el Teatro Mitre).

 **Babilonia Libros**

Trujillo Navajón 1591 / 1001
24008000 / 24081167
www.babilonialibros.com

SALVADOR STRACE
CONTADOR PUBLICO

f 300
P.N.
M.L.

EMILIO FRUGONI

CATEDRÁTICO ·AD HONOREM· DE LEGISLACION DEL TRABAJO
DE LA FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES

Salvador Straif

EL LABORISMO BRITANICO

SINOPSIS HISTORICA E INTERPRETATIVA

EDICIONES DE
«AFIRMACION»
(REVISTA DE IDEAS E IDEALES)

MONTEVIDEO

1 9 4 1

"El movimiento obrero británico es la notable realización de un pueblo libre y democrático. Su historia y sus relaciones, su desarrollo y sus propósitos, sus principios de acción y su significado social y económico son todavía imperfectamente conocidos, y hasta este momento, sólo reconocidos con desdago en ciertos respetables ambientes".

ERNEST BEVIN
(Ministro del Trabajo)

PROLOGO

ESTA reseña histórica e interpretación del Laborismo Británico quiere ser un homenaje —inevitadamente modesto— a esa gran fuerza política y social que constituye el nervio y la razón de la maravillosa y triunfal resistencia de un pueblo a la más feroz, sistemática y abrumadora embestida guerrera que hayan presenciado los siglos.

Quienes pretenden hacer creer que lo único que Gran Bretaña defiende y opone en esta guerra al imperialismo nazi-fascista es el tradicional imperialismo inglés, cierran hipócritamente los ojos ante la realidad de este formidable movimiento laborista erigido en columna vertebral, de la lucha admirable que toda la nación sostiene contra un enemigo que lo es asimismo de todos los pueblos de la tierra.

Ignoran o aparentan ignorar que el Laborismo ocupa ese sitio sin hacer renuncia de sus ideas sino obedeciendo a ellas y aplicándolas en el experimento histórico de una acción impuesta por el mandato terrible de las circunstancias.

Gran Bretaña ha venido a instalarse en la cúspide de la universalidad del espíritu humano; en esa cumbre donde las naciones se abrazan al destino del mundo y se identifican con él.

Ha conquistado el sentido universalista que tuvo Francia, la Francia inmortal de los enciclopedistas, de la Revolución y de los Derechos del Hombre. En el mismo instante en que Francia, al menos la Francia oficial, bajo las botas del invasor y por la obra abominable de quienes se apre-

EMILIO FRUGONI

suraban a arrojarla de rodillas a sus plantas en vez de mantenerla idealmente en pie fuera del continente, sobre tierras que todavía eran suyas, se despojaba de su virtud de universalismo, renegando de su pasado glorioso y de su misión de rectora y guía del pensamiento político universal, Inglaterra, erigiéndose en gran adalid de la Democracia ante el peligro nazi-fascista desencadenado, volvía a ser el Arca Santa de las libertades del mundo y a señalar el rumbo del progreso humano como en los tiempos en que sus barones imponían una Carta Magna a Juan sin Tierra para que en la cabaña del pobre, donde entra el viento y la lluvia, no pudiese penetrar el rey.

Hoy defiende derechos humanos y universales. Lo hace, eso sí, con la potencialidad de su enorme imperio y de su super-capitalismo; pero no en función de su imperialismo político ni de su imperialismo económico, sino del innegable derecho a impedir que se atropelle la independencia de las naciones débiles, pacíficas y amigas para luego, sobre esa base de brutales usurpaciones, atacarla en sus propios intereses. En ese choque de dos imperialismos —el británico y el nazi-fascista— no debe verse una guerra imperialista sino del lado de este último. Porque éste sí persigue fines de expansión imperialista, mientras que el imperialismo británico actúa con finalidades que son ajenas a todo imperialismo y lo rebasan en el campo de las proyecciones históricas.

No puede dejarse de ver que en esta guerra no es el capitalismo ni una clase privilegiada ni un sector político, el de los viejos conservadores que contemporizaban con Hitler y con Mussolini y sacrificaron a la República Española, los que se enfrentan con los totalitarismos agresores. Por encima de sus cabezas se yergue la nación entera, que

EL LABORISMO BRITANICO

surge, precisamente, apartándolos de la dirección del volante y aún sometidos a la disciplina de una voluntad superior en que se condensan las más genuinas y generales aspiraciones del alma nacional.

No son el imperialismo ni el capitalismo —formas o categorías económicas y sociales transitorias— los factores que debemos ver alzarse por el lado de Gran Bretaña contra la abominación del nazi-fascismo, sino la nación y el pueblo británicos, valores permanentes y eternos.

Y nada encarna allí tan cabal y perfectamente la esencia viva de esos valores como el Laborismo, que no sólo se bate en primera línea y se entrega con ardor consciente a las actividades de la guerra sino que asume la responsabilidad de proclamarla, de alentarla y de dirigirla.

"Esta es nuestra guerra —dice uno de sus líderes, el presidente de la Federación Ferroviaria— la guerra del pueblo".

"El obrero inglés, añade, ha sacrificado la jornada de ocho horas, el descanso semanal, las vacaciones anuales, todas las conquistas de largas décadas de lucha gremial, en aras de "su" guerra, que es también la de todos los pueblos libres cuya suerte se juega en estos momentos de trágica incertidumbre para la humanidad.

"Y es nuestra porque sólo mediante nuestros esfuerzos podemos asegurar una paz duradera; porque si no proseguimos la lucha habrá caído el último baluarte de la libertad, la barbarie se ensañará con toda Europa y los obreros ingleses correrán la suerte de sus camaradas polacos. Es nuestra guerra porque, como pueblo libre, hemos declarado la guerra al nazismo con la conciencia tranquila sabiendo que luchamos no sólo por nosotros mismos, sino por tantos otros pueblos esclavizados. Porque no es nuestro objeto do-

minar, explotar y destruir a los demás, sino crear las condiciones en que todas las naciones puedan trabajar por su mutua prosperidad y felicidad dentro de un régimen de paz y seguridad".

Comentando el libro "¿Para qué luchan las Trade-Unions?", de Herbert Tracey, escribe Ernest Bevin, el dinámico ministro laborista de Trabajo, dirigente de los sindicatos portuarios y una de las grandes revelaciones del momento histórico:

"Se han incorporado (las Trade-Unions) a la gran lucha porque es la suya propia. Esta es menos una guerra para preservar los celosos derechos de una nación que una guerra producida por el roce de dos sistemas, uno de gobierno responsable y el otro de mando desde la cumbre. El mundo de la pre-guerra nos ha traído la tragedia y el fracaso. El movimiento obrero creará el nuevo orden sobre los principios por los cuales siempre ha luchado y que ha logrado hacer reconocer.

También las mujeres laboristas inglesas tienen "por suya" esta guerra.

Lionel Anthony nos relata que en Southport, después del Congreso de los Sindicatos, de 1940, se reunieron las delegadas de las obreras en una Conferencia Nacional a la que asistieron trescientas delegadas y un crecido número de esposas y madres de obreras, representando a muchos miles de trabajadoras. La presidenta de ese congreso del ala femenina del Partido Laborista, dijo: "A pesar del odio inmenso que tenemos a la guerra, nos hemos visto forzadas a escoger entre esta guerra o la sumisión completa a una tiranía destructora de almas, de cuya naturaleza presentan una triste evidencia Alemania y las potencias conquistadas por ésta. Hemos tenido que escoger de entre los males el

menor y ahora tendremos que contemplar este mal hasta su fin". Ese congreso adoptó la resolución siguiente: "Que la guerra contra la tiranía y la agresión nazi, que amenazan a todas las libertades y en particular al movimiento obrero organizado, sea continuada hasta alcanzar un éxito final".

Son de uno de los más célebres intelectuales que el laborismo cuenta entre sus teorizadores, el profesor Harold J. Laski, los siguientes conceptos: "No podemos separar la guerra de las fuerzas capitalistas que la produjeron; es aquella una función inherente a la naturaleza de éstas y no algo decidido, independientemente de ellas, por la deliberada voluntad de hombres malevolentes. La guerra es la manifestación de la bancarrota de un régimen social, una oportunidad para los acreedores de reorganizar al Estado. Los socialistas no podemos permanecer apartados de ella porque es nuestra función histórica dar formas a sus consecuencias y sólo podríamos hacerlo mediante un recto conocimiento de las fuerzas en conflicto.

"Estas fuerzas, ya lo he dicho, giran alrededor de una fase agresiva y expansiva de la sociedad capitalista cuya victoria es incompatible con la efectividad vital de los movimientos socialistas.

.....

"Los socialistas están marcadamente en una situación análoga a la en que se encontraba Lenin cuando afrontó la rebelión de Kornilov contra Kerensky. "Luchamos y lucharemos contra Kornilov —escribía— en la misma forma que lo hacen las tropas de Kerensky, pero no apoyamos a Kerensky; por lo contrario, exponemos su debilidad. Aquí está la diferencia, acaso una sutil diferencia, pero extremadamente importante y que no debe ser olvidada".

"Al destruir la amenaza de Hitler los socialistas no tra-

tan de salvar al imperialismo británico a expensas de los trabajadores alemanes: tratan de liberar a éstos de una tiranía que amenaza también nuestras propias vidas, a la vez que de mantener la oportunidad de liberación del trabajador británico, de las cadenas del capitalismo de este país. Así, debemos añadir, libertar al trabajador alemán es el camino más directo para transformar el imperialismo inglés en el ideal socialista de una hermandad de pueblos libres".

Cuando Luis Araquistáin, por su parte, dice que "nunca hubo en Gran Bretaña una guerra tan popular, y si la opinión pública pidió y obtuvo el desplazamiento de hombres de gobierno como Neville Chamberlain y otros, no fué por creerlos demasiado belicosos sino demasiado poco", pudo precisar que esa opinión pública la encarnaba el Laborismo, el cual combatía a Chamberlain por sus debilidades ante Hitler, y lo apoyó sin embargo cuando se dispuso al fin a derrotarlo, pero exigió como condición para entrar en el gobierno, su sustitución con quien inspirase mayor confianza por sus antecedentes y sus aptitudes".

Una vez en el gobierno, esa fuerza política obrera cumple con inteligencia y energía la misión de dar a la conducción de la guerra un sentido de igualdad social que impide que el mayor peso de los sacrificios recaiga sobre los proletarios.

Es el mismo Araquistáin quien nos lo dice:

"Nadie, aquí, puede lucrar legalmente con la guerra; sólo los parados que ahora pueden trabajar, han mejorado de fortuna. La guerra, al contrario, tienen que pagarla principalmente los más ricos, mediante una escala de tributos onerosísimos".

Por lo demás, es bajo la influencia del espíritu socialista del Laborismo que la democracia inglesa, orientada

hacia la izquierda, se fecunda con un contenido de costumbres igualitarias y de realizaciones de justicia social cada vez más audaces. La conscripción del trabajo reglamentada por el ministro laborista Bevin, y el plan Keynes con la adopción del "ahorro obligatorio", son índices de esa transformación.

"La voluntad popular de resistir al nazismo —escribe Patricia Strauss— se robustece con cada victoria democrática lograda en el país. En una sola están siendo libradas dos guerras: el desenlace de cada una de ellas depende de la otra. Combatiendo el fascismo en el extranjero, el pueblo está ganando la democracia en el interior del país. Será imposible para cualquier gobierno decir a un pueblo cuya vida y perspectiva todas han sido profundamente alteradas: "Ahora volvamos al punto de donde partimos, como si nada hubiese sucedido"...

Se está forjando bajo el puño de ese Laborismo en el yunque de los acontecimientos históricos, un mundo nuevo en esa gran nación que pone a contribución toda su magnífica potencialidad y sus fabulosas reservas materiales y espirituales en una empresa casi fantástica de salvación del porvenir humano. Y hacia esa aurora que los trabajadores ingleses encienden con su sangre y su espíritu en la noche trágica de una guerra indescriptible, se vuelven los ojos de todas las muchedumbres conscientes que ansían días de liberación, de prosperidad y de paz, comprendiendo que de allí deben llegarles las soluciones desesperadamente esperadas...

Porque es en esa fuerza que hoy comparte la responsabilidad del poder e intervendrá en forma casi decisiva en la organización de la paz, que tienen puesta su confianza cuantos desean ver internarse al mundo por vías de enten-

EMILIO FRUGONI

dimiento internacional desarmado y de pacífica armonización de intereses en la leal confraternidad de los pueblos y la buena disposición de los gobiernos. Ella es la que nos ofrece la garantía de una paz sin venganza, pero sin concesiones contraproducentes a ningún punto de vista ocasionado a futuros peligros; con la estructuración de una eficaz e indestructible asociación de naciones para la salvaguardia de la paz y con los progresos sociales y jurídicos que den, en todas partes, el fundamento de la justicia a la libertad de los hombres y a la concordia de los pueblos.

La victoria de Gran Bretaña, bajo la égida del Laborismo, abrirá en el mundo civilizado esa era de pacificación por la base que sólo es posible mediante la obra de las socializaciones sistemáticas y de la libertad política, combinadas en la realización de la democracia integral dentro de cada país para el mejor acercamiento de todos ellos.

Son, en efecto, reconfortantes y categóricas las declaraciones que ya ha adelantado el pensamiento laborista respecto del criterio con que ese poderoso partido de gobierno británico encara el problema de la paz futura.

Su manifiesto de los primeros meses de la guerra nos ilustra con edificante claridad sobre el papel que esa gran fuerza política obrera se ha reservado en el teatro de los tremendos ensayos que llenan con su volumen trágico y la precaución de su sombra inquietante todo el escenario de la historia actual. Bastarán unos cuantos párrafos de ese importante documento para fijar la ubicación del Laborismo en la enorme epopeya y revelar las preocupaciones y devociones espirituales con que interviene en ella como el más resuelto de los contendores.

"Fiel a su fe socialista y democrática —comienza diciendo— y manteniendo totalmente su oposición al Gobier-

EL LABORISMO BRITANICO

no de Chamberlain (aún no se había creado el gobierno nacional encabezado por Churchill), el Partido Laborista hace un llamamiento al pueblo británico para que contribuya con su más decidido esfuerzo al derrumbamiento del régimen hitlerista en Alemania. Este derrumbamiento es esencial para los derechos soberanos de cada uno de sus Estados. Esta autoridad debe contar con tanta fuerza militar y económica como sea necesaria para asegurar la pacífica coexistencia de sus miembros y para hacer posible que los armamentos nacionales se reduzcan al límite estrictamente requerido para la preservación del orden interior.

.....
"Todas las naciones, lo mismo grandes que pequeñas, deben tener el derecho de vivir su propia vida, libremente, pero en cooperación dentro de la trama del nuevo orden mundial.

"El Laborismo no propugna la explotación imperialista, sea capitalista o de cualquier otro género. Por consiguiente, el Partido Laborista aspira a que los pueblos coloniales, sin distinción, puedan encaminarse, tan rápidamente como sea posible, hacia su autonomía.

"Todos los pueblos pacíficos del mundo deberían tener iguales oportunidades de acceso a las materias primas y a los mercados de esos territorios coloniales.

"El nuevo orden mundial que aplique esos principios, puede solamente fundarse con solidez sobre el Socialismo y la Democracia. Faltará la necesaria unidad de miras si los pueblos permanecen divididos interiormente en dos naciones, separadas por anchas diferencias de poder, privilegios y oportunidad. Una paz duradera depende de la justicia social "dentro" de los Estados, tanto como de la justicia política entre los Estados. Carecerá del necesario vigor y po-

EMILIO FRUGONI

der de crecimiento si el ciudadano aislado recibe del Estado trato de esclavo o si se niega aquella libertad de opinión, de palabra y de pensamiento compatible con la libertad de los demás. Estas elementales libertades constituirían una nueva Declaración de los Derechos del Hombre, de amplitud mundial.

"Cuando acabe esta guerra, cuando la capacidad productora del mundo deba tornarse de nuevo hacia fines pacíficos, una gravísima crisis económica se planteará para todas las naciones.

"Este problema de transición, de no ser tratado con grande pericia y decisión, puede provocar paros en masa y vastas catástrofes sociales en todos los países. Por tanto, en adición a las políticas nacionales de reconstrucción, debería contarse con planes audaces económicos y financieros hechos a una escala mundial. Deben emprenderse obras públicas internacionales, de que obtuviese beneficios más de una nación y que abarcasen también el logro del programa de justicia social del Laborismo, para el mantenimiento y la extensión de las libertades democráticas y para la edificación de una unión pacífica de pueblos libres.

.....
"El Partido Laborista hace pública ahora esta su declaración de sus fines de paz, aunque la guerra no haya sido ganada todavía. La victoria es nuestro inmediato cometido. Pero antes de que los pueblos se hallen aún más distanciados por el odio y el sufrimiento, puede hacerse más próxima una paz duradera y justa, manifestando claramente ahora cuáles serían los principios y los métodos del arreglo final.

.....
"El fin de la guerra para los aliados debe ser derrotar al hitlerismo y deshacer las injusticias nacidas de la agre-

EL LABORISMO BRITANICO

sión nazi, sin crear al hacerlo así, nuevas injusticias. Debe dárse a entender sin que quepa género alguno de duda que no permitiremos que la agresión triunfe.

.....
"El laborismo ha formado siempre el cuadro contra la agresión. Esperábamos que la Rusia Soviética se uniese a las democracias para la organización colectiva de la paz y de la resistencia a la agresión. Trabajamos de firme para lograr ese fin. Condenamos a su debido tiempo la torpeza del gobierno británico en sus relaciones iniciales con la Unión Soviética; pero ello no puede excusar el pacto del Gobierno ruso con los nazis en vísperas de la guerra y mucho menos su gratuito ataque contra Finlandia en una desvergonzada imitación de la técnica nazi en la política exterior. Consideraríamos la extinción de la libre democracia finlandesa como un intolerable desastre para la civilización.

"Hace seis años el Partido Laborista definió sus fines en política internacional como "la estructuración de una unión cooperativa mundial y declaró que para tener paz, tenemos que subordinar la soberanía nacional a las instituciones y obligaciones mundiales". Estos siguen siendo los fines de paz laboristas.

"El Partido Laborista quiere, en consecuencia, que la reglamentación de la paz establezca una nueva Asociación o Libre Unión de Estados, cuya autoridad colectiva trascienda más allá de su propia esfera, sobre el desarrollo comprensivo de los grandes territorios coloniales divididos hoy entre dos o más potencias coloniales, como sucede en África, mediante una Autoridad Internacional, con recursos económicos y con fuerza mucho mayores que jamás tuvo la Sociedad de Naciones.

"Los fines perseguidos por esos planes deberían ser ob-

EMILIO FRUGONI

tener mayor abundancia, tanto para los habitantes de esas regiones como para todo el género humano. Y para ayudar a elevar el "standard" de vida de los trabajadores de todo el mundo debe darse un nuevo impulso a la obra de la Organización Internacional Laborista".

Y el manifiesto, tras justas consideraciones sobre la causa de la ineficacia de la Sociedad de las Naciones difunta y la afirmación de que los cimientos de un nuevo orden (el del progreso y la justicia en la más amplia y efectiva libertad humana), deben ser puestos ahora, se cierra con esta frase himnica: "la paz ha de ser ganada para la Humanidad".

Es, pues, con una visión profética del más vasto alcance universalista y humano que el Laborismo británico ha puesto su puño en el timón del poder político del Imperio y se yergue ante el porvenir dispuesto a marcar el rumbo hacia conquistas salvadoras para todos los pueblos de la Tierra. Es así como subraya y acentúa aquel sentido de universalidad con que Gran Bretaña vuelve a bracear en los revueltos mares de la historia. Con esto a su favor, todavía: que mientras la ascensión británica, la de la Nación, al sentido universalista, es una consecuencia forzosa de circunstancias que no podía eludir sin suicidarse como nación, o al menos como potencia ante potencias rivales y agresoras: la exaltación del Laborismo inglés a esa misión ecuménica de traer una paz para la Humanidad, rodeándola de los elementos necesarios para su perduración en los siglos, es un compromiso voluntaria y deliberadamente contraído en un generoso impulso de extender a todas partes, mucho más allá de los límites de su acción inmediata, los beneficios de sus concepciones sociales y de su idealidad constructiva.

Y esto nos fuerza a pensar que el mundo todo debe aco-

EL LABORISMO BRITANICO

ger en su seno el caudal y el empuje de esa corriente de orientación política y social, que lo conduciría a la justicia económica en el ambiente de la democracia política, para realizar la democracia en todas sus dimensiones, si no quiere recaer en el tradicional chapoteo de las ambiciones nacionalistas y de los cesarismos más o menos enmascarados que tarde o temprano volverían a arrastrarlo a una nueva contienda.

Esa orientación choca desde ahora con una doble trinchera totalitaria. Primero se enfrenta con los ejércitos nazi-fascistas y con el sistema de ideas y de métodos de gobierno que ellos defienden y se proponen extender a todo el mundo. Pero detrás de esa primera línea de batalla, hay otra, menos precisa, más ambigua, más "camouflada", con aspectos contradictorios que pueden inducir a engaño, como que aparenta no ser una línea de batalla, una posición de guerra, sino una estrategia de paz. Es el pseudo-neutralismo comunista, máscara de la complicidad soviética con el nazismo, biombo de gasa con que se intenta ocultar el sentido del pacto Hitler-Stalin y la asociación comercial entablada por ambos para servirse recíprocamente a expensas de millones de vidas humanas y de la soberanía de cuantas naciones convenga atropellar y repartir como precio del sorpresivo viraje y base de la comunidad de intereses. Esta segunda línea actúa simultáneamente con la primera, y mientras aparenta atacar a ésta, gastándose (no siempre, pues la prensa soviética ha sabido mostrarse amable con Alemania, en tanto que acusaba a Inglaterra y a Francia de ser, por agresoras, las culpables de la guerra) su estruendosa pirotecnia verbal en las embestidas de costumbre, reserva sus más efectivas acciones contra las democracias, preparando un "tercer frente" derrotista en Francia, intentando hacerlo en

EMILIO FRUGONI

Inglaterra con un ridículo "congreso obrero pro-paz", intrigando en el movimiento obrero de Estados Unidos junto con los nazis para entorpecer la producción de armamentos cuando se dictó la ley de ayuda a Gran Bretaña, predicando en todo el continente americano la desconfianza contra Roosevelt y la resistencia a toda acción precaucional defensiva ante el peligro de las posibles maniobras nazis. Pero cuando la primera trinchera totalitaria se haya derrumbado (y es casi seguro que en vísperas del definitivo derrumbe veremos a Rusia y a sus agentes del comunismo soviético en guerra, ellos también entonces, contra ella) el espíritu del Laborismo tendrá que esforzarse nuevamente en una doble contienda. Porque deberá, por un lado, imponer frente a la tradicional resistencia que hallará en los baluartes de la reacción capitalista, sus tendencias de democracia social; y por otro lado, contrarrestar la tendencia del totalitarismo comunista, que recrudecerá en su empeño por adueñarse en todas partes de la voluntad de las masas para aplicar la dictadura bolchevique. No será difícil que en las naciones dominadas por el nazismo y el fascismo sobrevenga al producirse la catástrofe militar de esos regímenes, un cambio político y social de tipo bolchevista, y acaso el mismo Hitler cuando se vea perdido, organice los soviets en el Reich donde, por lo demás, ya no existe ni más propiedad ni más capitalismo que el del Estado.

Tal vez esta sea la última carta que Hitler se reserva para vengarse del capitalismo de Gran Bretaña y acaso sea una perspectiva que alienta las esperanzas de Stalin y calma sus inquietudes ante los avances nazis en los Balcanes. (1).

(1) Véase el anexo al prólogo, en la pág. 25.

EL LABORISMO BRITANICO

Todo permite creer que si Inglaterra aplasta al nazifascismo, se habrán abierto de par en par las puertas de la historia para la justicia social, o cuando menos, se habrán ampliado las vías por las cuales ella se acerque hacia el corazón de las sociedades en el ambiente de la democracia y de las libertades públicas. Pero pueden cerrarse si lo que pasa por esas puertas no es un soplo de libertad política y de reconstrucción del mundo en las instituciones de democracia, sino una avalancha de violencia desordenada que imponga el despotismo civil en nombre de la igualdad económica.

Y el mundo tiene que optar. Tiene que optar desde ahora, porque ya se está luchando por una u otra tendencia, porque ya se están creando las posibilidades para el predominio de una u otra corriente. El aplastamiento de Hitler y sus aliados es indispensable para salvar las conquistas de la civilización política y del progreso civil. Una primera elección es, pues, entre la derrota de Hitler o su perduración como flagelo o como amenaza para la humanidad. La otra elección ha de ser entre la liquidación del pasado, o si se quiere, del capitalismo, al menos del capitalismo monopolista, en manos de una voluntad popular inspirada en los principios de la democracia socialista; y la preponderancia de normas de socialización material en los métodos de la dictadura política. Y no cabe diferir esa elección para el momento en que la guerra termine, si termina —como lo esperamos— con la victoria democrática. (Si no es así quedarán en pie las formas tradicionales de la explotación humana en lo económico agravadas por las de la opresión brutal en lo político). No cabe diferir esa elección porque de nuestro esfuerzo de hoy, de nuestro concurso de hoy, de nuestra posición de hoy depende ya, poco o mucho, según

EMILIO FRUGONI

la medida de nuestra acción o de nuestra irradiación espiritual, que una de las corrientes que queden frente a frente para la obra del nuevo ordenamiento sea más poderosa que la otra.

La presente guerra es la más grande condenación del sistema social que la ha hecho posible; pero es asimismo para la estabilidad de ese sistema una tremenda prueba de fuego a la que no puede resistir. El régimen capitalista se resquebraja en tal forma bajo este formidable martillo de Thor, que cuando la guerra termine la sociedad habrá entrado, sin que ese haya sido el objetivo de ninguno de los contendientes, en una era de relaciones económicas regida por el signo de la socialización. La post-guerra reclamará, para la solución de los problemas económicos y sociales creados por tan horrenda catástrofe, las grandes medidas de ese plan laborista, que a muchos ha de parecer algo utópico. La cuestión social reaparecerá, al apagarse el fantástico incendio, reclamando su sitio preponderante en el panorama de la historia. El problema resurgirá agravado en las proporciones correspondientes al volumen de las dificultades económicas acumuladas por la guerra. Y habrá que echarse a resolverlo. Las masas populares, las clases trabajadoras, urgirán su solución. Eso no tomará de sorpresa al Laborismo, que tiene al respecto su programa de realizaciones.

Y bien: ¿con qué criterio se abordarán esas realizaciones y se legislarán los cambios necesarios de la superestructura? ¿Con el de una marcha firme y clarividente que no se aparte nunca de los rumbos de la libertad humana; o con el de una sumisión espiritual "totalitaria" a formas políticas reñidas con la libertad?

Los que amamos la libertad y la justicia, y no concebi-

EL LABORISMO BRITANICO

mos el progreso sino como un desplazamiento racional en el sentido de la expansión del hombre en todos los planos de la vida, nos sumamos a las fuerzas que quieren al hombre libre en la seguridad económica, o en otros términos, integral y efectivamente libre.

Las luchas sociales y políticas que se desatarán sobre las ruinas humeantes a la conclusión de la guerra —sea cual fuere su desenlace— nos hallarán en esa posición que a través de la contienda bélica mantenemos con fervor creciente, corroborados y confortados por la concienzuda actuación del Laborismo británico, cuyo ardor guerrero se sustenta en una fe democrática y socialista, en la pujante aspiración de un porvenir de verdadera igualdad social y de inviolable libertad ciudadana.

Nosotros, americanos, no podemos querer otra cosa; nos corresponde movilizar el espíritu público del continente, sobre todo el de las grandes masas proletarias, en favor de esta tendencia de igualación y de liberación, o sea, de democratización integral. Debemos —para ser fieles al destino histórico de América— cerrar el paso a las inspiraciones del totalitarismo soviético, así como a los avances de los viejos privilegios económicos en los nuevos métodos del capitalismo recalcitrante, o a las nuevas formas del privilegialismo anacrónico.

América, o por lo menos la clase trabajadora de América —como la del mundo todo— deberá elegir, después de la guerra, y aun desde hoy mismo, entre una salida a la justicia social por los caminos de la libertad, o hacia la nivelación económica por los caminos del despotismo político.

Digo "justicia social" y "nivelación económica", porque no son la misma cosa. La justicia social lleva implícita la fundamental igualdad económica, la igualdad de posibili-

EMILIO FRUGONI

dades y derechos efectivos a la riqueza social, la nivelación económica, si queréis. En ella se basa, pero se integra asimismo con el elemento esencial de la libertad humana en todas sus manifestaciones sociales: la libertad de opinión, la de palabra, la de conciencia, la de sufragio, la de asociación, la de reunión; la libertad política, en fin, expresión suprema de la verdadera igualdad jurídica. Si falta esa libertad no existe la justicia, porque nada más injusto que arrebatarle al ciudadano la libertad de crítica, de pensamiento, de opinión, sometiéndolo a normas que le son impuestas por los gobiernos sin poder siquiera discutirlos. La usurpación de la libertad civil y política es cosa más execrable aún que la de los bienes materiales, el fruto económico del trabajo o de la inteligencia.

Los que prometen, pues, justicia social en la tiranía y el absolutismo mistifican torpemente. No puede haber justicia donde es ley inviolable el despojo de los derechos morales y cívicos del individuo por una oligarquía o un partido gobernante. *O un hombre, o una clase*

Tampoco hay socialismo donde se anula al individuo en los fueros más nobles y esenciales de la personalidad humana, aunque se le asegure el pan o la riqueza... si se somete. El socialismo no es la aniquilación, el anonadamiento del individuo, sino la salvaguardia del mismo en la persona de todos y cada uno de los componentes de la multitud, hoy oprimida, en todos los regímenes políticos, por la explotación económica.

La fórmula de Jaurés: "afirmar al individuo en la colectividad fuerte" (parte para defenderlo del egoísmo de los otros y para limitar su propio egoísmo) expresa bien el fin del socialismo ante quienes creen que se propone absorber

EL LABORISMO BRITANICO

las individualidades en el vientre social, para que queden como Jonás sepultas en el vientre de la ballena.

La corriente soviética conduce a una fórmula de nivelación económica (más teórica que real en la estructura de la U.R.S.S.) dentro del despotismo de un estado totalitario gobernado por el partido único, plataforma política del dictador. (Stalin).

La corriente Socialista conduce a las más grandes reparaciones de la justicia en la vida social, dentro de la democracia política.

El Laborismo inglés se halla en esta corriente como una de las fuerzas históricas que mejor y más poderosamente encarnan el espíritu de la Democracia en las leyes, en los hechos y en las costumbres.

NOTA SUPLEMENTARIA

Meses después de escrito el presente libro, y hallándose ya a punto de salir de las máquinas, sobrevino, en esa forma inopinada tan frecuente en la vertiginosa carrera de acontecimientos que caracteriza a la desconcertante actualidad internacional, un hecho previsto y muchas veces anunciado, pero que pudo creerse reservado para más adelante y hasta para siempre descartado por una más rápida solución del conflicto bélico: la guerra entre Alemania y Rusia.

Hitler, encerrado en el continente por el bloqueo británico y por la firme resolución de Estados Unidos en su creciente capitulación militar para defender al continente americano, se ha visto obligado a dirigirse hacia el oriente. Habiéndose estrellado contra la inexpugnabilidad de las Islas Británicas; fracasadas sus intrigas en el Irak; detenido su avance hacia el canal de Suez por el lado de Egipto, y viendo instalados a los ingleses y franceses libres en Siria, ha concluido por arremeter contra su cómplice, prescindiendo, con esa desenvoltura que pertenece al estilo vital de los dictadores totalitarios, del pacto de amistad. (Stalin hizo lo mismo contra Polonia y Finlandia, después de anular también sorpresivamente la alianza con Francia).

Alegó violaciones del pacto por parte de su ex-amigo, y no faltan comunistas que hayan querido tomar pie en las burdas falsedades de Hitler —que se pretende burlado por los movimientos soviéticos en el norte y en el centro de Europa, cuando todos ellos fueron el precio de la pasividad o

de la colaboración de Stalin y fueron consentidos por Hitler y hasta concertados con él— para envanecerse de que Rusia jugaba una política de engaño tratando a Hitler más que como asociado, como enemigo. Pero no sólo Molotof declaró bien claramente en su respuesta a la declaración de guerra, que era falso cuanto afirmaba Hitler; sino que Mr. Eden, el ministro de Relaciones Exteriores de Inglaterra, demostró en su discurso ante la Cámara de los Comunes, el día 24 de junio, que Stalin había cumplido al pie de la letra y con la más impecable corrección, sus compromisos con Alemania. El siguiente pasaje de ese discurso, es terminante:

"Hace pocos años, Alemania y Rusia firmaron un pacto de no agresión y en ningún momento desde la firma de dicho pacto hizo Alemania protesta alguna respecto a su cumplimiento. Cuando Alemania sin aviso alguno asestó el primer golpe, no había sido presentada ninguna protesta diplomática y tampoco hubieron discusiones ni tratativas de ninguna naturaleza entre dichos países.

Seguidamente, el Ministro hizo referencia a lo que calificaba como la más reciente de las falsías del Ministro de Relaciones Exteriores alemán, quien declaró: "Mientras las fuerzas alemanas se concentraban en Bulgaria y Rumania, contra los crecientes desembarcos de tropas británicas en Grecia, la Unión Soviética, de acuerdo con ella, trataba de herir por la espalda a Alemania, en primer término, mediante el apoyo abierto a Yugoslavia políticamente y en forma secreta, apoyándola militarmente; en segundo término, tratando de influir a Turquía, asegurándole garantías de integridad territorial, para que adoptara una actitud agresiva contra Bulgaria y Alemania". Estas afirmaciones —continuó el mayor Eden— son los cargos que hace el Sr. Hitler; y a su respecto, debo aclarar que por más que hubiéramos

deseado llegar a un acuerdo con la Unión Soviética, a fin de mantener la solidaridad de los pueblos balcánicos, antes de que fueran arrollados por Alemania, la oportunidad para un acuerdo de esa naturaleza, nunca se presentó, desafortunadamente.

"Jamás hubo ninguna clase de acuerdo de esta naturaleza con el Soviet, y diré a la Cámara las razones: "En todas las fases de la historia reciente de nuestras relaciones con los Soviets, hemos tenido que postergar cualquier resolución por la atención que la Unión Soviética prestaba fiel cumplimiento del pacto firmado con Alemania. En forma reiterada examinamos todas las posibilidades de poder allanar el camino de los obstáculos que retardaban la cooperación anglo-soviética. Cada vez que se hacía una investigación acerca de si las cuestiones en trato eran de índole política o comercial, constatábamos que el gobierno soviético no estaba preparado para entrar en negociaciones directas, debido a su ansiedad por no introducir ninguna traba posible en sus relaciones con Alemania; mas nuestra acción fué en todo momento clara. De nuestra parte nunca tuvimos la menor intención de concertar ningún acuerdo con la república de los Soviets Socialistas, salvo sobre la base de la reciprocidad, pero en las estipulaciones del tratado germano-soviético no existía cláusula alguna que asegurara dicha reciprocidad".

Hitler ha invadido el suelo ruso, dispuesto a tomar de viva fuerza lo que Rusia no podía darle de grado, porque lo necesita para sí, o no podía darle de ninguna manera, por deficiencias técnicas de producción y de transporte. Una ocupación militar alemana permitiría a Hitler racionalizar y perfeccionar la explotación de las fuentes productoras rusas,

EMILIO FRUGONI

con las mayores garantías. Es mucho lo que necesita ahora el ejército nazi para continuar la guerra. Rusia sólo le facilitaba el tres por ciento de su producción, algo así como seis millones de barriles de petróleo por año, cantidad que apenas cubre una ínfima proporción de lo que consumen la maquinaria bélica y las fábricas de Alemania en todos los territorios ocupados por el nazismo. El petróleo de Rumania y el petróleo sintético, cada día más difícil de fabricar, contribuyen también en proporciones relativamente pequeñas al consumo fabuloso de estos tiempos de delirante despilfarro. Eso ha obligado a Hitler a caer sobre Rusia sin siquiera perder tiempo en entablar negociaciones, como antes.

Y esto constituye, fuera de toda duda, una de las más grandes victorias de las potencias democráticas. Son las armas y las naves británicas, la resistencia invencible del pueblo inglés y la ayuda de Estados Unidos a Gran Bretaña, los tres factores que han puesto al nazismo contra el muro, y lo han constreñido a saltarlo, corriendo el riesgo de matarse en la desesperada aventura. Ellos son los que promovieron la ruptura de aquella complicidad nazi-soviética, que pudo haber determinado el hundimiento de la civilización democrática, y a cuya sombra el nazismo conseguía sojuzgar y aplastar a nueve naciones. Esta guerra entre los antiguos socios es un éxito trascendental, y acaso decisivo, de las armas de la Democracia.

*En Frugoni hay un dogmatismo socialista
y una obsesión anti-soviética - quizás fundada,
pero exagerada - que cansan y se convierten
en cantinela monótona. — 1/46*

DEFINICIONES

El Partido Laborista que hoy comparte el gobierno de Gran Bretaña en un gabinete de unión nacional, es la expresión política del movimiento obrero de las Islas Británicas, así como el *Tradeunionismo* es la expresión gremialista o sindical de dicho movimiento. Su base más sólida son las *trade-unions*, que lo constituyen en gran parte, pero sin confundirse con él, pues ellas conservan fuera del partido una personalidad gremial distinta y en cierto sentido aparte, aunque no desvinculada, de la organización política propiamente dicha.

¿Qué es una *trade-union*? Es una *unión de oficio*, compuesta de asalariados. Los esposos Webs la definen como "una asociación permanente de asalariados que se proponen defender o mejorar las condiciones de su contrato de trabajo". Es decir, lo que en otras partes llamamos sociedades gremiales, de "resistencia", o sindicatos obreros. El *trade-unionismo*, es el padre del Laborismo. Este ha nacido de él y marchan juntos; marchan entrelazados apoyándose y sirviéndose recíprocamente, pero no constituyen un mismo fenómeno como podría creerse. El tradeunionismo es el movimiento sindical inglés, mientras que el laborismo es el movimiento político obrero, cuyo órgano específico no son las *trade-unions* sino el Partido Laborista, que surgió, eso sí, por iniciativa de aquéllas, o sea de los sindicatos gremiales.

Los esposos Sidney y Beatriz Webs, famosos escritores laboristas, autores de una "Historia de las Trade-Unions"

EMILIO FRUGONI

que es todo un libro clásico en la materia, aunque reconocen que ya en el siglo XIV había aquí y allá, en Inglaterra, "hermandades obreras" y sociedades equivalentes a las que en Francia y Bélgica se llamaban *Compagnonage*, hacen nacer la verdadera historia del trade-unionismo contemporáneo no más allá del siglo XVIII. "Antes del siglo XVIII —dicen ellos— no hemos podido descubrir en las Islas Británicas nada que entre exactamente en el cuadro de nuestra definición". Las asociaciones obreras que surgen —como dice Moret— de todas las ocasiones que tenían los trabajadores de acercarse mutuamente (unas veces reuniones de obreros en un café; otras, una huelga; otras, sociedades de amigos con carácter religioso o con fines de solidaridad y beneficencia) son numerosas a fines de dicho siglo en el Reino Unido. (C. Moret (hijo), "Historia de las organizaciones obreras"). Pero no se denominarán trade-union, sino allá por el año 1830, en que se multiplican por obra del gran desarrollo industrial que caracteriza esa época. Surgen en la industria de la lana y se extienden a la del algodón, del hierro, del papel, pasando asimismo, a los jornaleros agrícolas. Desde sus comienzos se organizan seriamente para la lucha y con claro sentido de resistencia; constituyen cajas de huelga, e imponen disciplina, deberes y cotizaciones regulares a sus afiliados. Crecen en número y en combatividad ante el cambio de actitud del Parlamento con respecto a las cuestiones del trabajo.

LAS PERSECUCIONES

En la primera mitad del siglo XVIII, se había visto al Parlamento interviniendo alguna vez en las relaciones del trabajo, fijando escalas de salarios para algunos oficios, aun

EL LABORISMO BRITÁNICO

contra la enérgica oposición de los patrones. Pero en 1757 la revocación de una ley de precios para el trabajo por pieza, dictada en favor de los tejedores, marca el comienzo de una evolución parlamentaria hacia una política que era por un lado política de no intervención en las cuestiones del trabajo, el *laissez-faire*, que se traduce en un dejad hacer... a los patrones y capitalistas; y por otro lado, política de represión de las libertades de defensa del obrero, que pudo llamarse el "no dejad hacer"... a los trabajadores insubmisos.

En Francia, a raíz de la Revolución, se dictó en 1791 la famosa ley Chapelier, que prohibía bajo penas severas la coalición tanto de obreros como de patrones, con mucho mayor perjuicio, naturalmente, para los primeros que para los segundos. En el Reino Unido, el Parlamento, presionado por los intereses del capitalismo febril y mercantil, en momentos de industrialización creciente del país y en vísperas de la revolución industrial, dictó también una ley semejante el año 1799, que hizo extensiva a todos los oficios la prohibición de coligarse, hasta entonces aplicada a algunos oficios solamente. Se la denominó "ley de las combinaciones" porque prohibía las combinaciones de trabajadores que tuviesen por objeto la restricción del comercio. Fué ampliada en 1800, para dar mayor efectividad a la prohibición de todo movimiento tendiente a la modificación del salario. Esas leyes fueron —como dice el citado autor— la piedra angular de la lucha contra las trade-unions durante los comienzos del siglo XIX.

Para eludir las trabas de esa legislación, las asociaciones asumieron apariencias inofensivas. Disimularon sus fines de defensa bajo la forma de sociedades amicales, de socorros mutuos (*benefits clubs*). Mientras las uniones de ofi-

EMILIO FRUGONI

cio no muestran sino esa apacible fisonomía de asociaciones fraternales y mutualistas para socorrer a sus miembros en caso de enfermedad o para estrechar vínculos amistosos con propósitos recreativos o culturales, son toleradas. Y poco a poco, en base a la confianza que inspiran, van ampliando su radio de acción. En Londres, por ejemplo, surgen sociedades de toneleros, de impresores, de carpinteros, de sastres, de zapateros; y algunas de ellas concluyen por convenir tarifas con los patrones. De ahí se pasa al establecimiento de relaciones de oficio a oficio. En 1818 se llegó a idear un bloque de toda la clase obrera. Pero, como dice George Bernard en "Sindicatos, Trade-Unions y Corporaciones", ese proyecto era prematuro. Porque hubiera sido necesario que todas las asociaciones pudiesen arriesgarse a mostrarse a la luz desembozadamente. Y es el caso que a menudo, para burlar la ley, habían recurrido a asociarse clandestinamente. En medio a las restricciones y persecuciones legales, el espíritu de asociación y la necesidad de defenderse contra la explotación patronal, se abrían camino subterráneamente, y las sociedades más combativas o, menos inocentes debían ocultarse en la sombra, vivir en el secreto, reunirse de noche, enterrar sus archivos, garantizarse contra la delación o la imprudencia. Sociedades de ese género eran las que preparaban las grandes huelgas. No tardó en formarse en torno de ellas una leyenda inquietante. Estallaron entre 1810 y 1820 numerosos movimientos obreros, siendo uno de los más memorables el de los *luddistas*, llamados así porque decían obedecer las órdenes del general Ludd, o seguir el ejemplo de Ned Ludd, quien no era sino un tejedor que había destrozado un telar de calcetero. Los *luddistas* recorrieron en 1816 la región de Leicester y no sólo arremetían contra las máquinas sino que obligaban a los

EL LABORISMO BRITANICO

vendedores en los mercados a rebajar los precios de los víveres y penetraban en las casas de los ricos exigiéndoles contribuciones en nombre del "general Ludd" que a veces ascendían a la categoría de "rey". Las masas proletarias simpatizaban con estos rebeldes, que se alzaban exteriorizando a su modo el malestar y la irritación reinantes entre ellas.

UN DISCURSO DE LORD BYRON

El Parlamento dictó una ley contra los destructores de máquinas, condenándoles a la pena de muerte.

Formaba parte entonces del Parlamento el poeta Lord Byron, quien se opuso con un discurso del cual creemos interesante transcribir uno de sus elocuentes pasajes:

"Durante mi breve estancia, hace pocos días, en Nottinghamshire, no pasaban doce horas sin que se cometiese un acto de violencia, y el día de mi partida me comunicaron que en la noche anterior habían sido destruidos —sin que nadie opusiese resistencia ni se hubiesen descubierto los autores, como casi siempre— cuarenta telares... Pero aun reconociendo, como es obligado, que estos excesos toman ya proporciones amenazadoras, no puede negarse que obedecen a un estado de miseria jamás conocido... Los obreros despedidos por la introducción de nuevas máquinas creen, en la simpleza de sus corazones, que la existencia y el bienestar de hombres laboriosos tienen más importancia que el enriquecimiento de unos cuantos individuos... Se dice que esas gentes son una chusma desesperada, peligrosa e ignorante, y parece pensarse que el único remedio eficaz para aquietar esa furia de innúmeras cabezas es cortar unas cuantas que sobran. Pero, ¿es que tenemos plena

EMILIO FRUGONI

conciencia de nuestros deberes para con esa chusma? Esa chusma es la que trabaja vuestros campos y sirve en vuestras casas, la que tripula vuestra marina y de la que se recluta vuestro ejército; la que os ha puesto en condiciones de desafiar al mundo y la que podrá desafiaros a vosotros si la intransigencia y la desventura la mueven a desesperación. Podéis dar al pueblo el nombre de chusma, pero no olvidéis que esa chusma es no pocas veces portavoz de las ideas del pueblo. Permitidme también que ponga de manifiesto la prontitud con que estáis siempre dispuestos a acudir en auxilio de vuestros aliados en la guerra, cuando éstos se ven apurados, mientras dentro de vuestro propio país dejáis a los necesitados a la merced del cielo o confiados a la beneficencia pública. Con mucho menos —con la décima parte de lo que regaláis a Portugal— bastaría para hacer superfluos dentro del país los servicios caritativos de las Bayonetas y de la horca. La miseria de nuestro pueblo es hoy más angustiosa que nunca. Yo, que he recorrido el teatro de la guerra de la península ibérica, que he estado en algunas de las provincias más terriblemente agobiadas de Turquía, no he visto jamás, ni bajo el más despiadado despotismo de un gobierno mahometano, tanta anónima miseria como he encontrado, al regresar de mi viaje, dentro de las fronteras de este país cristiano. ¿Y cuáles son vuestros remedios? Después de varios meses de pasividad y de otros cuantos meses de actividad todavía peor, aparece por fin el grandioso específico, la hierbecilla que no ha fallado jamás a ningún médico de Estado desde los tiempos de Dracón hasta nuestros días: la pena de muerte. Pero, ¿es qué, aun prescindiendo de la injusticia y de la falta de fundamento de la causa que la motiva, no hay ya bastantes penas de muerte en vuestras leyes?, ¿no hay ya bastantes

EL LABORISMO BRITANICO

cuajarones de sangre en vuestros códigos, que todavía queréis derramar más, hasta que los cielos griten y clamen en contra vuestra? ¿Son esos los remedios con que queréis curar a un pueblo hambriento y desesperado?"

Político pero humano y rehemente.

FINES Y TACTICAS

La historia de las asociaciones gremiales inglesas, el proceso de su desenvolvimiento, el estudio de las vicisitudes y alternativas del movimiento obrero de Gran Bretaña nos enseñan que en su dirección y acción se turnan dos tendencias en cuanto a sus finalidades, y otras dos en cuanto a sus procedimientos. El predominio de una de esas tendencias sobre la otra, en sus respectivos planos de localización, depende, naturalmente, del estado general de los espíritus bajo la presión de las circunstancias. A veces las uniones se mueven por aspiraciones modestas y prácticas persiguiendo objetivos inmediatos. Se inspiran en un sentido "particularista y realista" como se ha dicho. Reducción de la jornada, aumento de salario, mejor trato patronal, por un lado, y por otro directivas de previsión y socorros mutuos en beneficio de los afiliados; bolsas de trabajo, cajas de seguro para la desocupación, etc. Esas son las preocupaciones de las sociedades obreras de acuerdo con una de las tendencias. La otra tendencia se caracteriza por responder a un género de aspiraciones más amplias y ambiciosas. En ellas se afirma un espíritu de renovación social. Se tiende a modificar la organización de la sociedad, sosteniéndose que las reformas de detalle dejan intacto el fondo de la miseria obrera. Se quiere ir hasta la raíz de los males que afligen a los asalariados; más que arrancar concesiones al capitalismo y al patronato, se desea suprimirlos. La acción

EMILIO FRUGONI

gremial se vuelve idealista, impregnada de las teorías del socialismo; y naturalmente extiende su alcance para que englobe a todo el proletariado.

Se pasa así de las preocupaciones puramente corporativas a los planes de reforma social. De los conflictos parciales a las agitaciones de conjunto. Aparece la idea de la huelga general máxima como medio para la solución de toda la cuestión obrera; y surge, bajo la inspiración de Robert Owen, el célebre socialista utópico, la gran Unión Nacional Consolidada de Oficios.

Eso desde el punto de vista de las finalidades. Desde el punto de vista del procedimiento, puede hablarse de dos tácticas que rivalizan entre sí, predominando alternativamente en la acción de la clase trabajadora. Una es la que se atiene a la actuación en el campo gremial, persiguiendo solamente mejoras en las condiciones de trabajo por medio de la acción directa o por medio de la ley, pero sin entrar al terreno de las leyes políticas. La otra es la que persigue reformas políticas para acrecentar la influencia de los obreros sobre los poderes públicos, a fin de volverlos más accesibles a sus aspiraciones y más sensibles a sus necesidades y derechos.

Las leyes represivas que tienden a maniatar e inmovilizar a los obreros ante los abusos de la explotación, los impulsan a salir del campo de la agremiación y de la acción directa o sindical para lanzarse al terreno de las luchas políticas.

LA REVOLUCION INDUSTRIAL, LAS LUCHAS OBRERAS Y LA LEGISLACION DE FABRICAS

Los años que siguieron a la guerra de Napoleón, en que la miseria se dejó sentir con pasmosa intensidad. fue-

EL LABORISMO BRITANICO

ron particularmente duros para los asalariados, acosados a un mismo tiempo por los efectos de la crisis económica y por los efectos de la transformación técnica con que se manifestaba la llamada Revolución Industrial, de tan profundas proyecciones perturbadoras en la vida de los hombres de trabajo y en las condiciones generales de la topografía social de la nación. Los movimientos gremiales degeneraban a menudo en choques sangrientos. Los motines obreros —provocados más que reprimidos por las persecuciones de la ley y las trabas a toda asociación de operarios— inquietaban a la burguesía, espantaban a los capitalistas. Se dictan leyes de excepción. Se restringe la libertad de prensa. Se suprime la libertad de reunión, en Inglaterra, siempre tan orgullosa de sus tradiciones liberales. Entonces se comenzó a discutir si la acción de los trabajadores había de circunscribirse al campo económico o si debía llevarse al terreno político. Se resolvió recurrir a la acción política. Esta fué la que pareció más indicada para obtener la abolición de las leyes que prohibían y castigaban como delitos la coalición y la huelga. A fin de contar con el Parlamento, los obreros apoyaron a los candidatos de los viejos partidos que se comprometían a defender sus reivindicaciones.

Dos hombres se destacaron en esa etapa de las luchas obreras: el sastre Francisco Place, que condujo la campaña con extraordinaria habilidad, recalcando la contradicción de que mientras reinaba en las relaciones económicas, industriales y comerciales, la libre concurrencia y se proclamaba el principio manchesteriano del "*laissez-faire*", se vedaba a los obreros la libertad de ponerse de acuerdo para no trabajar; y Joseph Hume, que en la Cámara de los Comunes, combatió con mucha eficacia, demostrando su carácter anti-

EMILIO FRUGONI

liberal, las leyes que prohibían la emigración de las máquinas, así como la que castigaba la coalición de los obreros. Se alcanzó finalmente la derogación de esas leyes el año 1825, bajo el gobierno de los conservadores en tiempos de Robert Peel.

En Francia esas trabas no desaparecen hasta 1864. Así como Inglaterra era el primer país que se había internado en la vía de esa gran conmoción social y económica que fué la Revolución Industrial, era también el primero dónde la presión del proletariado rompía los obstáculos opuestos a la afirmación de sus destinos por el capitalismo triunfante.

Por haber sido Inglaterra el país que marchaba a la cabeza en la transformación industrial que abre y determina la era capitalista, fué aquel donde aparece la legislación obrera antes que en ningún otro, pues la primera ley de fábricas —*Factory Act*— se dicta el año 1802, también bajo el gobierno conservador de Robert Peel. Ya nos ha tocado relatar en muchas ocasiones la historia de esa legislación inglesa de fábricas, cuyas primeras leyes llegaban como frutos de la rivalidad de los grandes partidos, el de los *whigs* (los liberales) y el de los *tories* (conservadores). Las leyes vinieron reclamadas por la opinión pública en general y por los trabajadores ante los excesos de la explotación patronal en el régimen de la libre concurrencia; pero fueron los *tories* quienes las implantaron, precisamente en tren de molestar a los liberales y reunir con una bandera simpática a las grandes masas populares, que los liberales —representantes de los intereses de los industriales— no podían hacer suya. La legislación industrial —todavía excesivamente tímida y de muy tardos progresos— servía a los *tories* para contrarrestar, como elemento de prestigio popular y humanitario, la campaña de los liberales en pro de ciertas refor-

EL LABORISMO BRITANICO

mas políticas y, sobre todo, para retribuirles sus reivindicaciones libremercantistas en materia de cereales y productos de la tierra. El partido *tory* era el de los grandes terratenientes; mientras el liberal era el de los fabricantes. Así, cuando estos reclamaban liberación del impuesto de importación al trigo, aquellos les retrucaban reclamando leyes de reglamentación del trabajo para proteger a las mujeres y a los niños, víctimas de los más terribles abusos de la explotación en fábricas y talleres.

Hubo un tiempo en que había en la Cámara de los Comunes un contrapunto, una controversia, de la que los obreros trataban de sacar el mejor partido posible, introduciendo en ella sus reivindicaciones especiales en concepto de temas para la disputa política. "Después de una lucha de treinta años —dice Marx en "El Capital"— sostenida con la mayor perseverancia, la clase obrera inglesa, aprovechándose de una disidencia momentánea entre los señores de la tierra y los señores del capital, consiguió arrancar el "bill" de las diez horas".

AFIRMACION DEL TRADEUNIONISMO

Entre tanto se desarrollaba la acción trade-unionista. La ley de 1825 —la *Trade Union Act*— reconoció la legalidad de las asociaciones obreras, aunque limitando su cometido a regular los salarios y las horas y condiciones de trabajo; y permitió expresamente los contratos colectivos y las huelgas.

Suele decirse que el tradeunionismo propiamente dicho arranca de esa ley. La verdad es que a raíz de esa ley se le bautiza con tal nombre. Hasta entonces las asociaciones de trabajadores de un mismo oficio, que existían pública-

mente o en secreto, según tuese su carácter, no se daban el nombre de trade-unions: se llamaban sociedades de amigos, clubs, logias, etc.

Amparado por la legalidad, el movimiento adquiere un enorme impulso. Se forman uniones y federaciones por todas partes y de todos los oficios. Se llevan a cabo esfuerzos para formar la conciencia de clase que unifique todas esas manifestaciones dispersas de una misma ansiedad. Se constituye en el año 1831, una "Asociación Nacional para la protección del trabajo" cuyo órgano se titula "La Voz del Pueblo". Es la época de la ebullición revolucionaria europea que arranca de 1830; y entonces se unen a los obreros los elementos radicales de la burguesía para reclamar la extensión del voto a nuevas categorías de ciudadanos.

G. D. H. Cole dice que "durante una gran parte del siglo XIX hubo dentro de la burguesía inglesa elementos llamados "radicales" que tenían voluntad y fuerzas suficientes para aspirar, con buen éxito, al apoyo de un gran número de obreros". Y atribuye a la habilidad de esos elementos burgueses para atraerse considerables sectores obreros, el fracaso reiterado de los intentos de organizar un movimiento político de los trabajadores.

Según este autor, la burguesía radical (compuesta en gran parte de pequeños artesanos y pequeños tenderos) que había obligado a los *whigs* (liberales) aristócratas a incluir en su programa la reforma parlamentaria, hizo un llamamiento a los obreros para, por una parte, presionar sobre los *whigs*, y por otra parte, para quebrantar la resistencia de la Cámara de los Lores donde se encastillaba el espíritu *tory* (conservador). Los obreros no podían ser aliados muy cordiales de los *whigs*, partido que respondía sobre todo al interés de los grandes fabricantes, del capitalismo industrial;

pero bajo la dirección de William Cobbet aceptaban su alianza como un medio para alcanzar reformas importantes. Contra esa alianza de clases protestaron los elementos más radicales del movimiento obrero.

Hubo asonadas, crisis política, hasta amenazas de revolución antes de que se aprobara el proyecto de reforma de 1832, reclamado por esa alianza. Luego resultó que los obreros o proletarios quedaron al margen del derecho de sufragio y casi sin representación en el Parlamento. Solamente Cobbet y unos pocos diputados representaban sus puntos de vista en la reformada Cámara de los Comunes. La pequeña burguesía se sintió satisfecha de las ventajas políticas que había obtenido y no quiso acordarse de las necesidades económicas de sus aliados, en momentos en que los patronos ante las frecuentes huelgas se agrupaban y redoblaban su resistencia. Entonces se asiste a dos trascendentales evoluciones simultáneas, en planos distintos de la vida social. Se inicia el dominio de la nueva aristocracia inglesa. El predominio del Parlamento continuaba en manos de las clases altas; pero éstas habían abierto una puerta para dar cabida a los nuevos ricos producidos por la revolución industrial. Eso era tradicional en Inglaterra. La aristocracia británica se distingue de la aristocracia continental en su inteligente flexibilidad de normas para dejarse inyectar sangre nueva y no perder contacto con el dominio de los elementos materiales de cuya posesión depende el poderío social de una clase.

En el siglo XVIII la aristocracia británica abría los brazos a los grandes comerciantes y mezclaba con ellos su sangre por los lazos del parentesco. La reforma de 1832 sirvió, sobre todo, para que los nuevos capitalistas integraran la clase dominante. Se acentuaba así una práctica cuyos orí-

genes se remontan en realidad, a la época de Enrique VII. Ya en su tiempo los filas de la nobleza se aumentaban por nombramientos reales que recaían a menudo en ricos burgueses. En un libro de Werner Sombart, "Lujo y Capitalismo", se leen las siguientes noticias:

"Los duques de Leeds descendían de Edward Osborne, que llegó a Londres siendo pobre dependiente de comercio; los duques de Northumberland traen su origen de Hugh Smithson, dependiente de comercio de drogas, que contrajo matrimonio con Lady Isabel Seymour. Origen burgués tienen también: los Russell, marqués de Salisbury marqués de Bath, condes de Brownlow, Worwick, Carrington, Duddley, Spencer, Tilney, Essex, Coventry, Dannouth, Unbrigde, de Tonkeville, Harboroug, Pontegrac, Fitzwater; vizcondes de Devereux, Weymouth; condes Clifton, Leigh, Haverscham Mosham, Bathurst, Rommey, Dornier; duques de Dorset y de Bedford. Los datos que poseemos nos permiten afirmar que todas esas casas señoriales florecieron en la primera mitad del siglo XVIII; parte de esta nobleza se ha extinguido ya".

DOS TENDENCIAS

La otra revolución, el otro cambio importante, se pronuncia en la línea de conducta del proletariado, en el sentido de los fines de la acción obrera. Ya hemos dicho que dos tendencias se alternan en la dirección y actividades de las trade-unions. Predomina ahora la tendencia idealista y de reforma social.

Surgen las reclamaciones generales para todos los oficios, como la de la jornada de 8 horas, y un zapatero y librero, Guillermo Benbow, lanzó la idea de la huelga general concebida como un medio de lucha para abatir el poderío

capitalista. Es en la era de 1832-42 que más se deja sentir la influencia de un gran socialista —uno de los socialistas utópicos estudiados por Federico Engels— Roberto Owen, célebre precursor del socialismo inglés. Este precursor ilustre fué asimismo un poderoso industrial textil que puso toda su fortuna al servicio de sus ideas de transformación social y de sus audaces planes de acción. A él se le debe la iniciativa de la jornada de 8 horas, y su nombre se halla vinculado a los albores del cooperativismo, del que fué un fervoroso propulsor, más aún, el verdadero padre, porque fundó las primeras cooperativas de producción y de consumo, los Bazares de Trabajo y los Bancos obreros comunales, en los que se cambiaba la producción por bonos, en vez de moneda, cuya unidad era la hora de trabajo. De ellos dice Juan B. Justo que "aunque no tan utópicos como los ensayos de colonias comunistas en que el socialismo sentimental de Owen tenía que fracasar, sus cooperativas y Bazares lo fueron bastante para que de ellos no haya quedado sino el recuerdo de atrevidos y generosos esfuerzos y la siembra de ideas cuyo fruto fué la fundación en 1843 de una Cooperativa de consumo por 28 tejedores desocupados de la ciudad de la Rochdale, los cuales, por su fecunda iniciativa, merecieron el honroso título de *The equitable pionners of Rochdale*". ("Teoría y Práctica de la Historia").

Owen logró constituir la gran Unión Nacional Consolidada de Oficios, o sea una especie de Confederación General del Trabajo, cuyo desarrollo en algún momento llegó a ser realmente asombroso. En pocos meses ingresaron en ella 500.000 afiliados. Su prestigio y su poder en el mundo del trabajo, adquirió vastas proyecciones. La burguesía capitalista opuso contra ella un formidable bloque patronal: la Alianza de los Fabricantes. A las huelgas contestaba

EMILIO FRUGONI

con los lock-outs; no contrataba sino obreros comprometidos a no enrolarse en las trade-unions, y se dedicó a asegurarse el apoyo del gobierno y de los jueces. Los patrones consiguieron así que se aplicaran con todo rigor ciertas leyes restrictivas de las actividades obreras; y se llegaron a dictar sentencias terribles, de seis y siete años de deportación o de cárcel, contra trabajadores acusados de intimidación con fines de proselitismo gremial y subversivo. A esta campaña la Gran Unión Nacional no pudo responder. Se había impuesto cometidos poco factibles que le hacían perder contacto con las exigencias del momento. Por medio de ella como asimismo por obra de los Bazares de Trabajo, Owen se proponía modificar en sus fundamentos las relaciones económicas. Confiaba a la acción gremial de base cooperativa la completa renovación del sistema económico imperante, dejando de lado las luchas parlamentarias.

Fué, pues, un precursor del sindicalismo doctrinario a la par que del cooperativismo. La *Grand Union National Consolidated Trades-Union* fundada por él, "no quería negociar con los patrones al solo objeto de obtener para los productores un mísero adelanto en el precio artificial a cambio de su trabajo, salud, libertad y goce natural de la vida, sino asegurar a cada uno el mejor cultivo de sus facultades y el más ventajoso ejercicio de sus poderes". Se lograría ese fin si todos los trabajadores de Inglaterra hacían una huelga general, pacífica, durante tres semanas, paralizando las fábricas, abandonando los talleres y las oficinas. Eso habría de bastar para que los patrones, convencidos de que la fuente de la producción es el trabajo, se aviniesen a entregar las fábricas a los trabajadores. La preparación de esa huelga total absorbía a la Unión. Entre tanto, algunos gremios se lanzaban por su parte a movimientos mal pre-

EL LABORISMO BRITANICO

parados en los que fracasaban, sin que ella actuase en su ayuda, pues la huelga máxima no venía y en cambio trababa con un objetivo demasiado ambicioso, en verdad fantástico, la acción de todo el organismo, condenándolo a la esterilidad.

EL CARTISMO

Deshecha la gran Unión Nacional de Sociedades —allá por el año 1834— pudo decirse que de sus cenizas surgió el movimiento cartista. Se le llamó así porque tendía a obtener la sanción de la Carta del Pueblo, que reclamaba: el sufragio universal, inmunidad y dieta para los diputados, el escrutinio secreto, sesiones parlamentarias anuales, circunscripciones electorales iguales, la abolición del censo de fortuna para los miembros de la Cámara.

Hemos hablado ya de las dos tendencias que se alternan en el movimiento obrero inglés, desde el punto de vista de las finalidades. También puede hablarse —repetimos— de dos tácticas que rivalizan entre sí, predominando alternativamente en la acción de la clase trabajadora. Una es la que se atiene a la actuación en el campo gremial, persiguiendo solamente mejoras en las condiciones de trabajo por medio de la acción directa o por medio de la ley, pero sin entrar al terreno de las leyes políticas.

La otra es la que persigue reformas políticas para acrecentar la influencia de los obreros sobre los poderes públicos, a fin de volverlos más accesibles a sus aspiraciones y más sensibles a sus necesidades y derechos.

Podrá parecer a algunos, sobre todo en países que aún conservan las instituciones democráticas, un programa político sumamente modesto el de los cartistas. Pero adviértase

EMILIO FRUGONI

lo que significaba conseguir que todo hombre, hasta el más humilde y desamparado, fuese considerado con iguales derechos políticos que los reyes, nobles y propietarios.

Por eso Marx decía que el sufragio universal en Inglaterra sería "una medida mucho más socialista que no importa qué otra cosa honrada con este nombre en el continente".

Eso demuestra que los derechos políticos democráticos no son inseparables de la democracia social, sino que forman parte integrante de la misma, y que lejos por tanto de ser ajenos a la suerte de los trabajadores y del Socialismo, son conquistas que deben interesarles vivamente, como que son condición para su triunfo, y más todavía, son, según la expresión del mismo Marx, "medidas socialistas".

La historia de las luchas y esfuerzos llevados a cabo por los trabajadores de Gran Bretaña para la implantación de los derechos más característicos y esenciales de la democracia política: extensión e igualdad del sufragio, el sufragio universal, el derecho de representación parlamentaria para todos los sectores sociales, el voto secreto, la inmunidad para los diputados, etc., —esa historia es acaso la que mejor ilustra el aserto de Hilferding de que lo que suele llamarse democracia burguesa, en cuanto sea realmente democracia política—y no remedo de tal— no es en realidad obra de la burguesía, sino del proletariado, y esto es lo que hace de ella, aunque limitada al terreno político, una creación proletaria que está por encima de las clases, pues sirve a todas y sin duda más a la clase trabajadora que a ninguna otra.

"La Carta del Pueblo" fué, según Ricardo Goodman, "el punto de partida del primer movimiento revolucionario independiente que ha conocido la historia de la clase obrera".

Para J. Ramsay Macdonald, "el cartismo fué uno de los

EL LABORISMO BRITANICO

primeros resultados del owenismo y substancialmente se adelantó al owenismo en su método. Así lo apreciaron hombres tan perspicaces como Marx y Engels".

Por su parte, Cole dice que "el cartismo fué la primera gran acción política independiente de la clase obrera británica".

Verdad es que en sus filas figuraban hombres de diversas clases y abundaban los que no eran de origen proletario, como Feargus O'Connor; uno de sus jefes más prominentes. Pero "por su carácter, por su espíritu y por su orientación —como lo dice ese escritor— era también eminentemente proletario". Las reformas políticas radicales que persiguió eran reclamadas como base del mejoramiento de la masa proletaria. Engrosaban sus filas obreros de toda condición, siendo la mayoría de los afiliados trabajadores indigentes de las fábricas en que la moderna maquinaria provocaba malestar y revueltas. Hubo entre sus líderes quienes como Ernesto Jones y Harvey proclamaban la consigna de la "República democrática y social". Era un intento político que se proponía, según palabras de un manifiesto, *que no hubiese islas de bienaventuranza en el mar muerto de la holgazanería*. Tuvo ese movimiento la adhesión casi unánime de la clase obrera, aunque las trade-unions más conservadoras permanecían alejadas de él y lo miraban con desconfianza. Pero después de 1840 se fué debilitando hasta desaparecer allá por el año 1860. Su fracaso se debió, probablemente, a que no había llegado el momento del sufragio universal y a que la clase dominante se sentía demasiado segura en sus posiciones, después de la anterior reforma del Parlamento, mientras que los cartistas —que no se decidían nunca claramente entre los métodos revolucionarios y los constitucionales— carecían de fuerzas para una

EMILIO FRUGONI

y otra política, pues no podían hacer la revolución ni podían obligar desde afuera al Parlamento a reformarse nuevamente. Federico Engels en su libro "La situación de la clase obrera en Inglaterra", dice que "en el cartismo es toda la clase obrera la que se alza contra la burguesía y arremete, sobre todo, contra su poder político, contra el muro legal detrás del cual se artilla".

EL LIBRECAMBISMO

Al costado del movimiento cartista y apoyándose en él, surgió otro movimiento que tendía a desplazarlo: el librecambista. Este no era puramente proletario como el otro y hasta se alejaba de algunas de las reformas económicas que el otro perseguía. Lo impulsaban radicales burgueses de la clase media, como Robin Bright y Richard Cobden. El librecambismo atrajo a los obreros generalmente mal nutridos, con su programa de lucha por la desgravación de la "mesa del trabajador", el llamado "breakfast table" (supresión de los impuestos sobre los alimentos del desayuno) y contra la tiranía de los caseros.

Así pasó la dirección de la clase obrera a las manos de la burguesía liberal que abogaba por el libre desenvolvimiento del capitalismo industrial, y quería abolir los aranceles sobre los cereales. Los burgueses radicales formaban en el Parlamento una especie de tercer partido, que en medio de los whigs y los tories, podía inclinarse hacia uno o hacia otro lado, para hacer presión en la balanza.

Entretanto, el centro de gravedad de la política obrera es necesario buscarlo en la restauración del movimiento cooperativo y sindical. Este último surge en forma permanente y metódica con la fundación de la Asociación de los Obre-

EL LABORISMO BRITANICO

ros Mecánicos, en 1840, y se extiende sobre la base de la organización por oficios. En esta nueva etapa, a la tendencia idealista sucede la tendencia realista. Ello permite el entendimiento con los patrones y la alianza de obreros y burgueses radicales en la campaña sobre la libre importación del trigo, en que coincide el interés de los trabajadores, que necesitan el pan barato, y el de los industriales que lo desean como condición para el abaratamiento de la mano de obra. Hay todo un largo período de prosperidad económica en la historia británica, de 1842 a 1875, en que se ve a las trade-unions evolucionar lentamente. Al principio despliegan una actividad circunspecta, orientada metódicamente hacia la conquista de mejoras parciales, en tanto se organizan separadamente cada una para su oficio.

EL MOVIMIENTO SINDICAL. SU AMPLIACION

Los procedimientos son conciliatorios. Se excluyen sistemáticamente los conflictos y las huelgas. No se proclaman principios contrarios a los de la clase patronal y se acepta como un dogma el principio de la libre competencia. De ahí se pasa poco a poco a la afirmación de las consecuencias jurídicas de ese principio económico, uno de los cuales es el derecho de asociación y de coalición sin restricciones; y cuando los obreros obtienen el voto, sobreviene la combinación de la acción directa con la legislativa. Se despierta asimismo el espíritu de solidaridad con la clase y de las ventajas alcanzadas por las uniones más poderosas, se va a las ventajas generales obtenidas mediante la alianza entre todos los oficios.

El tradeunionismo se estructura como una fuerza organizada de proyecciones nacionales. Se constituyen federa-

EMILIO FRUGONI

ciones que abarcan las asociaciones de oficios similares, no sólo de la región sino de la nación entera. Surgen federaciones de industrias.

En el año 1864 nace en Londres la Asociación Internacional de los Trabajadores, que fué acogida con poco entusiasmo por las trade-unions, muchas de las cuales se mostraban reacias a interesarse por lo que ocurría fuera de los límites del reino. Sin embargo dió impulso a la tendencia, que poco a poco ha de ir creciendo, a ver —como dice un autor— en las diversas cuestiones debatidas por ella, "fragmentos de un problema tan general como el mismo capitalismo".

LA LUCHA ANTE LOS TRIBUNALES

Llegamos así al año 1867 en que ocurre un hecho de profunda repercusión en la vida de la organización gremial. Es un exponente significativo de la obstinada campaña de resistencia a los lentos progresos del derecho obrero, llevada a cabo desde los Tribunales de Justicia siempre prontos a cercenar, detener o reprimir el alcance de las nuevas leyes mediante interpretaciones capciosas o exhumaciones de leyes antiguas. Así la ley de 1825 —la *trade union act*— que reconoció la legalidad de las asociaciones de oficios, aunque limitando su acción lícita a regular los salarios y las horas de trabajo, había ido perdiendo su eficacia debido a las restricciones interpretativas de los jueces. En Inglaterra los jueces pueden recurrir a leyes conservadas en los códigos como reflejo de costumbres antiguas, y resucitarlas inopinadamente. Tal había ocurrido con la ley llamada de "amo y señor" que databa del siglo XIV, la cual había sido dictada a raíz de la gran peste de 1349, con el fin de que los obreros

EL LABORISMO BRITANICO

diezmados por la epidemia, no extremasen sus pretensiones a favor de la disminución de la oferta de brazos. Esa ley preceptuaba que si el amo rompía el contrato de trabajo y despedía al servidor, sólo estaba obligado a pagar los salarios adeudados; pero si el servidor abandonaba el trabajo antes de lo convenido o interrumpía la obra empezada, podía ser castigado. Y además la palabra del patrono hacía fe, mientras que no valía en su causa la palabra del obrero. Esta ley fué exhumada al declararse la guerra a las asociaciones y coaliciones gremiales. Y aún después de dictada la ley de 1825, continuó aplicándose por los jueces. Se aplicaban, además, diversas limitaciones a la acción de los obreros en su relación con los patronos o con otros obreros, de modo tal que resultaba imposible abandonar el trabajo. y hasta se había hecho de cada trade-union, como lo afirma A. Fabra Ribas, basándose en un estudio de Isaac Mitchell, una sociedad ilegal. Así llegaron a declararlo los tribunales valiéndose de una deficiencia notable de la ley de 1825, la cual entre otras omisiones, tenía la de no establecer reglas para salvaguardar los fondos de las sociedades. Leyes posteriores que regulaban y amparaban los derechos y bienes de las sociedades en general, no comprendían a las trade-unions. Y así ocurrió que en 1867, una de éstas, la de Constructores de Calderas, tuvo que proceder contra un tesorero por malversación de fondos; pero el Tribunal rechazó la demanda negándole personalidad para presentarse en juicio. Cuando apeló de ese auto, la sociedad actora fué denunciada como asociación ilegal.

SURGEN EL CONGRESO ANUAL DE LAS TRADE-UNIONS Y LA LIGA DE REFORMA

Esta sentencia produjo el efecto de una conmoción en

EMILIO FRUGONI

el mundo tradeunionista y dió lugar a una agitación obrera que se consideró la de mayor intensidad conocida hasta entonces. Fruto de ese movimiento fué una resolución de enorme trascendencia: la de crear un medio de unificación, de vinculación superior entre las asociaciones gremiales. Y así nació el Congreso anual, donde se hallaban representadas todas las sociedades obreras, federadas o no, del Reino Unido. Este Congreso, que se celebra en una u otra ciudad, nombra de su seno un Comité Parlamentario, que es el órgano encargado de defender ante los poderes públicos los intereses de los trabajadores. Es como una especie de Parlamento que hace llegar sus resoluciones al otro Parlamento.

La inquietud de los trabajadores, que se agitaban con tendencias de reforma política para mejorar la situación jurídica de sus asociaciones y suprimir los obstáculos a su acción defensiva contra la explotación capitalista, impresionó al gobierno.

Los sindicatos constituyeron, para hacer su campaña en ese sentido o sea para alcanzar la reforma electoral y parlamentaria, una organización especial que se tituló *National Reform League* (Liga Nacional de Reforma).

Eso coincidió con una evolución del partido de los *whigs* que a la muerte de Lord Palmerston, que había sido su jefe, abandonó su actitud contraria a las nuevas reformas y se declaró en favor de una política de ampliación electoral. El jefe de los *tories*, Disraeli, ante el temor de que una reforma hecha por los *whigs* los estabilizara en el poder, alióse a los radicales para derribar al gobierno y promulgar la reforma de 1867, que hacía extensivo el derecho de sufragio al obrero con oficio, en las ciudades.

Después de este triunfo esa organización se transformó

EL LABORISMO BRITANICO

en *Labour Representation League* (Liga de Representación Obrera). Su fin no era otro que el de llevar al Parlamento representantes de los sindicatos obreros. La primera tentativa en ese sentido la habían hecho los sindicatos cuando la primera elección a raíz de la reforma, un año antes de constituida la Liga; pero sin resultados. Sin embargo la constitución del nuevo cuerpo electoral influyó para que la rivalidad de los dos grandes partidos se tradujese en algunas concesiones a la clase productora; y se consiguió así la ley de 1871, que no sólo reconocía expresamente la legalidad de las *trade-unions*, sino que les acordaba la protección del Estado.

También esa ley chocó con el espíritu de los jueces, que la interpretaban en sentido cerradamente restrictivo, y si bien reconocían la legalidad de las huelgas, declaraban en cambio ilícitos todos los actos necesarios para realizarlas. Se condenaba a prisión a los obreros que abordasen en la calle a sus compañeros de trabajo exhortándolos a declararse en huelga y se llegó a encarcelar con pena de doce meses a un grupo de gasistas como conspiradores por haber colaborado en la declaración de una huelga. Se les aplicaba la antigua ley de las conspiraciones.

Eso provocó nuevas agitaciones, y las *trade unions*, denunciando la mala aplicación de la ley de 1871, reclamaron la derogación de toda la vieja legislación penal relacionada con los conflictos obreros.

EL MOVIMIENTO OBRERO EN EL CAMPO POLITICO

Se advierte, entretanto, un crecimiento notable en los efectivos de los sindicatos. En el espacio de tres años el

EMILIO FRUGONI

número de los obreros sindicados se elevaba a un millón.

Bregan por la derogación de la vieja ley de "amo y señor" y por la abolición de las restricciones al ejercicio del derecho de huelga; y como los liberales que ocupaban el gobierno, presidido por Gladstone, no acceden a esas aspiraciones, se redobla el esfuerzo electoral dirigiéndolo hacia la derrota de los liberales. Los conservadores triunfan en las elecciones de 1875, derribando al ministerio liberal, en tanto que la Liga por la Representación Obrera conquista dos diputados. Estamos así en presencia del primer movimiento político de la clase obrera organizada gremialmente. Porque éste fué en realidad un esfuerzo electoral de las trade-unions. El ministerio conservador concede las reformas reclamadas, y sobre la base de que no es ilícito un acto para un grupo si no lo es asimismo para un individuo, los obreros obtienen el derecho de vigilar aisladamente o en patrullas, sin alterar el orden, las entradas de los sitios de trabajo en caso de huelga. También obtienen la sustitución de la ley de "amo y señor" por la de "patrones y obreros", al tiempo que se declaraba que solo podía pensarse en un obrero lo que se pensaba en cualquier otra persona.

Triunfaba así la política de los resultados inmediatos; pero ahí se cerraba el período realista que se abiera treinta años atrás.

UN NUEVO SISTEMA DE PRESION

En primer lugar, la victoria electoral de la Liga citada atrajo sobre ésta las miradas del gobierno y éste se dispuso a detenerla en su desarrollo. Se descargaron contra ella todas las armas de ese arsenal legislativo o judicial que la clase gobernante inglesa tenía siempre a mano para im-

EL LABORISMO BRITANICO

pedir el crecimiento de la fuerza sindical o política de los trabajadores en cuanto ella se tornaba inquietante a la excesiva prevención reaccionaria del capitalismo. Menudearon los pronunciamientos de incompatibilidad contra los miembros de la Liga y de incompetencia legal de la misma en modo de debilitarla hasta dejarla prácticamente sin fuerza y hacerla desaparecer del escenario histórico.

Además, a la prosperidad industrial de aquel período siguió una crisis que ponía por sí sola a ruda prueba los resultados de cualquier táctica. La desocupación diezmo las filas de la clase obrera organizada y se contaron por centenares las trade-unions disueltas. En ese ambiente económico de aplastadora depresión para las actividades de los sindicatos obreros, alcanzaron éxito las asociaciones patronales que las desafiaban con ventaja.

Y así empezó a sentirse —como dice un informe del Labour Representation Comitee ante la 5ª Conferencia Anual— "un nuevo sistema de presión sobre las trade-unions: el problema jurídico de la legislación antitradeunionista fué sustituido por el problema económico del capitalismo".

La ofensiva capitalista estrechaba por todas partes a las asociaciones gremiales, amenazando destruirlas. Esto las obliga a volver los ojos hacia el campo de la política. En 1890 se forma el Labour Electoral Association (Asociación Electoral Obrera); pero es dos años después cuando, en ocasión de la huelga de los docks de Londres, asistimos en realidad al origen del nuevo movimiento político británico. A raíz de esa huelga, en el Congreso que las Trade-Unions celebraron en Belfast en el año 1893, se afirma la voluntad de reanudar activamente la lucha en ese terreno y se constituye un fondo electoral. Sin embargo, otra huelga ha de

EMILIO FRUGONI

ser la que origine las circunstancias llamadas a impulsar a los sindicatos gremiales a ese género de acción. Fué la huelga de los empleados del ferrocarril de la Compañía Taff Vale. La asociación integrada por esos empleados fué declarada civilmente responsable de los daños ocasionados a esa empresa por la huelga, condenándose a pagar 36 mil libras esterlinas de indemnización. La gravedad del precedente que esa sentencia sentaba para la suerte de las uniones obreras solventes, que quedaban así a merced de los patrones, aparte del golpe que el caso significaba para una de las más poderosas trade-unions de todo el Reino Unido, produjo consternación en las filas trabajadoras. A causa de ello en el próximo Congreso Anual, se creó el Labour Representation Committee (Comité para la Representación Obrera) cuyo primer secretario fué Ramsay Macdonald. Su objeto era enviar el mayor número de representantes obreros al Parlamento para defender allí los intereses y derechos del trabajo y evitar por medio de la ley que se les crease a las organizaciones sindicales situaciones como esa creada por la sentencia referida.

NACE EL PARTIDO LABORISTA

El Comité Parlamentario, que después fué sustituido por el Consejo General del Congreso de las trade-unions, convocó una conferencia que se celebró en Londres el año 1900, a fin de formar el Labour Representation Committee, con el concurso de varias organizaciones ajenas al trade-unionismo, pero vinculadas por la preocupación que les inspiraba la suerte de la clase trabajadora a la cual pertenecían.

Fueron invitadas a enviar sus delegaciones: The Social Democratic Federation, The Independent Labour Party, The

EL LABORISMO BRITANICO

Fabian Society, las Trade-Unions y las Cooperative Societies of The United Kingdom. Solo dejaron de concurrir las cooperativas, a las que no les pareció oportuna su participación en ese acto partidario.

Surgió de allí un Comité compuesto por siete delegados de las trade-unions, dos de cada uno de los partidos socialistas —que eran la Federación Social Demócrata y el Partido Laborista Independiente— y un delegado de la Sociedad Fabiana, también ésta de ideología socialista.

En 1906 ese Comité de Representación Laborista adoptó el nombre de Labour Party.

Entretanto había ocurrido que al amainar la crisis económica en los años 1888-89, los sindicatos resurgieron, y volvían a ellos los obreros menos calificados, aquellos que durante la depresión habían desaparecido, aventados por la desocupación y la pobreza, del movimiento societario. Se organizaron, además, nuevos sindicatos de braceros, de cargadores de los muelles, de marineros. Muchas de esas sociedades aparecían animadas de un soplo de actividad combativa y política, tendiente a obtener reformas prácticas, cada vez más amplias. Surgieron en el año 1889 nuevas sociedades deseosas de insuflar su decisión y orientación política a la organización industrial de los asalariados. Ese espíritu que se había ido extendiendo recibía vigor y estímulo de hechos como la sentencia del caso Taff. Y el interés de la lucha política frente a este caso quedó evidenciado por la comprobación de que, habiendo el Comité de Representación ganado sólo dos bancas en el Parlamento, el año 1900, seis años después el Partido Laborista llevaba 29 diputados.

EMILIO FRUGONI

LA FEDERACION SOCIAL DEMOCRATICA

Hasta aquí hemos hablado de uno de los elementos que integran ese Partido, el Congreso de las Trade-Unions, cuyo proceso de formación y cuyas vicisitudes nos pareció forzoso reseñar siquiera fuese a grandes rasgos.

De los otros elementos componentes, el más antiguo es The Social Democratic Federation (la Federación Social Democrática).

Echaron sus bases, el año 1881, algunos intelectuales de la clase media, encabezados por Henry Mayer Hyndman. Este era un periodista radical, que admiraba a Mazzini. El y sus colaboradores, entre los que figuraban el gran poeta William Morris, el no menos grande pintor y dibujante Walter Crane, y el popular periodista Edward Carpentier, procedían de la escuela positivista de John Stuart Mill, el economista liberal que desembocó en un socialismo, presidido como toda su obra de filósofo y economista, por la idea irradiante de la libertad. Su partido comenzó por llamarse solamente Democratic Federation (Federación Democrática). Se habían propuesto, según el mismo Hyndman se lo comunicó a Marx, resucitar el cartismo adaptándolo a las circunstancias del momento, y contaban con atraer a los clubs obreros radicales y liberales que dejaban sentir su influencia en las zonas fabriles. Comenzó con un programa de los "remedios prácticos para las necesidades urgentes" que aceptaron de inmediato las organizaciones obreras. Sin embargo, la Federación no llegó a ser nunca un partido de masas. Casi todos sus dirigentes se convirtieron al marxismo y la Federación Democrática agregó un adjetivo a su título, llamándose desde entonces Federación Social Democrática. Pero al mismo tiempo se apartaban de ella, consti-

EL LABORISMO BRITANICO

tuyendo la *Liga Socialista*, algunos militantes destacados, entre los que sobresalía William Morris, de tendencias anárquicas. Fué el primer partido que proclamó el Home Rule para Irlanda. Su programa puede sintetizarse así: "Socialización de los medios de producción, distribución y cambio, bajo un estado democrático y en interés de la comunidad entera; emancipación del trabajo de la férula capitalista; igualdad económica y social para ambos sexos".

La conflagración europea de 1914 dividió nuevamente sus filas entre pacifistas y partidarios de participar en la guerra contra los imperios centrales y en la defensa nacional. La división favoreció al comunismo, que acababa de surgir en Rusia, y que constituyó entonces en Gran Bretaña un partido verdaderamente minúsculo en la ocasión y hoy casi inexistente, para honra de los trabajadores británicos y para suerte de su formidable acción de clase.

La Federación Social Demócrata es radicalmente opuesta al bolcheviquismo, en el cual ve una negación anacrónica de los principios democráticos. Defendió siempre el principio de la nación armada y el servicio obligatorio, contrariando con ello la tendencia predominante en las trade-unions y en el Partido Laborista, que preferían el ejército profesional de voluntarios. Sólo se mantuvo un año como componente del Partido Laborista. En 1901 volvió a su aislamiento doctrinario.

LA SOCIEDAD FABIANA

Las otras dos organizaciones que habían pasado a integrar conjuntamente con ella y el Congreso de las Trade-Unions, el Partido Laborista —el Partido Laborista Independiente y la Sociedad Fabiana— tenían de común con la

EMILIO FRUGONI

primera la tendencia a internar el movimiento trade-unio-nista en el campo de la política, con una acción propia y autónoma.

La Sociedad Fabiana —The Fabian Society— surgió de un núcleo de intelectuales idealistas denominado *New-Fellowship* por Tomás Davidson, y fué fundada en el año 1880 con el objeto de preconizar la implantación del socialismo evolucionista. Su influencia sobre la ideología socialista de Gran Bretaña ha sido decisiva aunque no contó nunca sino con un número escaso de afiliados. Esa influencia se debe a la jerarquía intelectual de las principales figuras que agrupa, entre las cuales se hallan algunas de las más ilustres de la intelectualidad británica contemporánea. Su nombre la define como adicta a una táctica de contemporización y oportunismo realista, que recuerda la del general romano Fabio "Cuntactor", el "temporizador", que adoptó ante el ejército de Aníbal una táctica de suma prudencia. Su importancia se cimienta en los interesantes ensayos fabianos que comenzó a publicar desde 1889, debidos a la pluma de escritores de gran reputación, dentro y fuera del reino. Dan conferencias y realizan cursos sobre temas del más alto interés político y social. Sidney Webb y su esposa Beatriz Potter fueron sus principales sostenedores; pero mucho han hecho por ella y su prestigio hombres tan eminentes como el escritor H. G. Wells, el publicista Sidney Olivier, el novelista Hubert Bland, el filósofo Bertrand Rusell, la célebre teósofa Annie Bessant, y sobre todo el famoso dramaturgo George Bernard Shaw.

Se preocupa de instruir al pueblo y realizar reuniones en que sus miembros discuten temas de interés general y humano, planteándose los más diversos problemas de eco-

EL LABORISMO BRITANICO

nomía, de administración pública, de política social, de derecho obrero, de biología, de sociología, siempre con miras a la organización del Estado Socialista.

Uno de sus principios es que "la ignorancia constituye el principal obstáculo del socialismo; y que un conocimiento profundo y exacto de la historia social y de las condiciones económicas, debe más tarde o más temprano conducir al triunfo del socialismo".

Ella ha impregnado al Partido Independiente, primero, y al Partido Laborista después, de su filosofía adecuada a las tendencias naturales, evolutivas y prácticas del movimiento obrero británico, nutriéndolo de esa idealidad reformadora que se mueve hacia nortes de justicia y democracia por los caminos de la tierra, no por entre las nubes.

EL PARTIDO LABORISTA INDEPENDIENTE

El Partido Laborista Independiente se constituyó sobre la base de un partido obrero fundado en Escocia en el año 1889. Cuatro años después se agruparon las organizaciones locales análogas en una Federación Nacional, bautizada con el nombre Independent Labour Party, siendo su leader James Keir Hardie, cuyas campañas a favor del nuevo movimiento sindical entre los mineros le proporcionaron enorme ascendente. Para Hardie la Federación Social Demócrata era demasiado dogmática y la Sociedad Fabiana demasiado snob. Quiso dar vida a un partido obrero que actuase con una política propia, independiente de la política de los radicales liberales, y que estuviese animado de una idealidad reformadora de la organización social para no quedarse en una acción epidérmica y de cortos alcances. Apareció desplazando a la Federación Social Democrática,

EMILIO FRUGONI

a cuyos elementos sindicales más jóvenes atrajo por su mayor agilidad y su espíritu práctico. Pero debió chocar con la hostilidad de los antiguos líderes sindicalistas que eran casi todos obreros liberales y funcionarios de las viejas uniones de obreros calificados. Las grandes batallas se libraron en el Congreso de las Trade-Unions. Pero se iba abriendo camino en la simpatía de los obreros asociados. Para llegar a ser una potencia en la vida política necesitaba conquistarse el apoyo oficial de los sindicatos. De ahí la idea de realizar una alianza de todo el movimiento obrero, entendida como un bloque electoral formado por el P. Laborista Independiente, con su carácter de agrupación política, y por la organización sindical, para que ésta aportase sus recursos y su influencia a la consolidación de un partido obrero unificado. En varios congresos se enfrentaron las dos tendencias antagónicas: la de los viejos líderes obreristas y la de Hardie y sus amigos, que proclamaban el socialismo y la independencia de la clase obrera en la acción política. Diez años duró ese encuentro, hasta que el Congreso Sindical tomó el acuerdo, el año 1899, de cooperar con las agrupaciones socialistas. Al principio se declaró que no se trataba de formar un nuevo partido socialista y obrero, sino de constituir un Comité cuyo objeto sería llevar al Parlamento representantes obreros independientes de los partidos burgueses.

Ya hemos visto cómo se fundó ese Comité de Representación Obrera, el año 1900, con delegados de las organizaciones ya indicadas, que no tardó en denominarse Partido Laborista. Más adelante se apartó la F. S. D., porque no pudo arrastrarlo de inmediato a una política socialista.

Pero el Comité era obra de los socialistas y su influencia

EL LABORISMO BRITANICO

fué en él tan marcada que a poco andar declaraba su independencia como partido político, dándose el nombre de tal, y adoptaba una orientación socialista. Este era, sobre todo, el gran triunfo del Partido Laborista Independiente, que contaba con hombres de la talla de Ramsay Macdonald, Philip Snowden, Robert Blatchford, y lo mejor de los militantes del tradeunionismo.

Su influencia debióse a que la clase obrera inglesa hallaba en su propaganda una fuerte dosis de buen sentido aliada a una gran claridad de propósitos y a una constante amplitud de miras.

"El Partido Laborista —escribió Mr. Ramsay Macdonald— no es socialista. Es una reunión de entidades socialistas y tradeunionistas para la realización de una labor política inmediata. Esta es la única forma política en que el socialismo evolucionista puede arraigar en un país con las tradiciones políticas y métodos de la Gran Bretaña. En las circunstancias inglesas un partido socialista es la última forma, no la primera, del movimiento socialista en política". ("Socialismo", edit. Labor). Algunos años después Mr. Ramsay Macdonald se retiraba del "*Independent Labour Party*", del que fuera uno de los fundadores, porque habiendo surgido para conducir al Laborismo hacia la posición socialista definida y declarada, ya no tenía razón de ser, a su juicio, porque esa finalidad se había cumplido. Desde entonces le bastaba con denominarse laborista.

Hablando de Keir Hardie, dice Fabra Ribas:

"Hemos tenido ocasión de tratarle y asistir a Congresos y actos de propaganda en que Keir Hardie desempeñaba siempre papel muy principal. Recordamos muy particularmente la campaña realizada en Escocia en 1904 y 1905 y

EMILIO FRUGONI

su intervención en los Congresos Socialistas Internacionales de Amsterdam (1904) y Stuttgart (1907) y declaramos sinceramente que no hemos conocido otro propagandista que se le pudiese igualar, ni en el modo de exponer sus doctrinas ni en el efecto que la exposición de las mismas causaba en el auditorio.

"Hardie no era antimarxista —al menos no lo declaró nunca— pero tampoco se le puede considerar como identificado con las doctrinas de Marx. En sus discursos y en sus escritos no empleaba jamás la expresión —tan corriente en los medios socialistas— de "lucha de clases" que consideraba poco apropiada y, según afirmaba en la intimidad, de mal gusto y de una agresividad innecesaria. Para él, socialismo era sinónimo de justicia y equidad. La democracia política representaba, según una de sus expresiones favoritas, la democracia de los ricos, mientras que la democracia social, el socialismo, constituía el verdadero gobierno del pueblo por y para el pueblo, sin excluir sistemáticamente a nadie, concediendo a todo el mundo las mismas ventajas para recorrer el camino de la vida e impidiendo que un hombre pudiese vivir a costa de otro".

LA FAZ GREMIAL Y LA FAZ POLITICA DE LA ORGANIZACION OBRERA

Así se formó el Partido Laborista. Su génesis nos demuestra que el laborismo inglés es el fruto de una combinación armónica, de una síntesis, de aquellas cuatro tendencias que vemos disputarse, a través de toda la historia del movimiento obrero británico, el predominio de su dirección, alternándose en la preeminencia, a favor de las circunstan-

EL LABORISMO BRITANICO

cias, y a menudo coexistiendo entre sí con distinto grado de influencia. En él han venido a desembocar esas cuatro corrientes para dar vida simultánea a la organización sindical y a la organización política, algo así como las dos alas de un mismo ejército, que se agitan cada una en su plano pero coordinadamente y atadas a un destino común.

La acción sindical y la lucha política, en cuanto a táctica; los objetivos de parcial mejoramiento y los vastos planes de transformación social, en cuanto a fines, que anduvieron por largo tiempo desconectados y rara vez coordinaban para no rivalizar y no excluirse en el espíritu del movimiento en un instante dado, se fueron conectando y adaptando a una convivencia permanente para sentirse complementarios y no contradictorios. De esa compenetración surgió el laborismo integral, con su doble campo de acción, el sindical y el político, y sus dos cuerpos máximos de acción: el Congreso de las Trade-Unions y el Partido Laborista.

Hemos querido explicar a través de esta reseña apretadamente sintética, en la que se estrujan ochenta años de la vida obrera y social de Inglaterra, cómo se han venido desarrollando y perfilando esas dos fuerzas hermanas y entrelazadas, hechas de una misma substancia: la vida y el interés de los trabajadores, que son el tradeunionismo, organización sindical, afiliada a la Sindical Obrera Internacional de Amsterdam, y el Laborismo, organización política, afiliada a la Internacional Obrera Socialista.

Este detalle de la afiliación a una y otra Internacional deslinda y diferencia el carácter de ambas organizaciones. Son las dos internacionales, democráticas, aliadas y paralelas; la de los sindicatos gremiales, una; la de los partidos políticos, la otra.

EMILIO FRUGONI

Hemos querido hacer comprender, por un lado, la especial fisonomía espiritual de esa organización sindical británica que se vincula a un partido político y lo sostiene con sus medios, por lo mismo que lo ha creado y lo forma; y por otro lado, la especial estructura de ese partido político, compuesto por agrupaciones de organizaciones distintas que adhieren a él en masa, de modo tal que las adhesiones personales se efectúan a través de la adhesión de cada ciudadano a aquellas organizaciones.

En esa organización, que contaba al estallar la guerra con seis millones de afiliados, y que es sobre todo una organización por cuadros, los afiliados de los sindicatos adheridos a ella se consideraban automáticamente adheridos también al Partido Laborista, a menos que declarasen expresamente su negativa a formar parte de éste.

En 1928 una ley estableció que se invertirían los términos, de modo tal que para poder recabar de los afiliados de los sindicatos la cuota de contribución al fondo partidario, es necesaria una previa declaración del deseo de abonar dicha cuota.

Ello no obsta para que el organismo conserve su fisonomía propia, y su propio carácter de trade-union, como órgano específico de la lucha gremial reuniendo en su seno obreros de diversas tendencias políticas; y hasta hay trade-unions, que pese a integrar el movimiento tradeunionista y enviar delegados al Congreso General, quedan al margen del Partido Laborista. Ni ello obsta tampoco a que el Partido Laborista sea una expresión política con una ideología que

EL LABORISMO BRITANICO

algunos de los miembros de las trade-unions adheridas, formalmente rechazan (1).

Sobre esa base y dentro de esa estructura, el laborismo constituye una formidable manifestación política cuya fisonomía espiritual ofrece rasgos propios dignos de ser estudiados más que por simple prurito de curiosidad, por la

(1) "El P. Laborista a causa en gran parte de las circunstancias de su formación, difiere en muchos aspectos de los partidos más viejos. En el fondo es un partido clasista apoyado en el aporte numérico y financiero de las grandes Uniones Gremiales de trabajadores manuales (Quedan excluidas desde 1927 la Unión de Empleados de Correos y la de Empleados Públicos). Es por esto que las Uniones Gremiales hasta cierto punto hacen el papel de los contribuyentes más ricos de los otros partidos, pero con esta diferencia: que la amplitud de las contribuciones de las Uniones Gremiales y la suma de influencia de ellas en la fijación de la política del partido en los congresos anuales, son asuntos que se ventilan públicamente.

"Debe agregarse, además, a las Uniones Gremiales un gran número de socialistas y radicales organizados hasta 1918 en Asociaciones Socialistas como la Sociedad Fabiana y el Partido Laborista Independiente, y agrupados también desde entonces en mayor cantidad en las secciones individuales de los congresos de los partidos laboristas, a las que se afilian también comúnmente las ramas locales de las Uniones Gremiales. La cantidad de miembros individuales ha venido aumentando rápidamente en los años últimos, pero es todavía mucho menor que el total de individuos de las Uniones afiliadas, es decir, QUE EL NUMERO DE VOTANTES LABORISTAS CONVENCIDOS. Por ser los más definidos y mejor organizados en el movimiento laborista, estos miembros influyen más como entidad que como individuos en la expresión y práctica de la política del partido, aunque las decisiones finales de los congresos dependen del voto de las Grandes Uniones. Esta situación ha hecho decir muchas cosas acerca de la fijación de la política del partido. Algunos sostienen que el laborista "sensible" es influenciado por las Uniones Gremiales para que adopte actitudes violentas antisociales (por ejemplo, anticapitalista), otros, que el peso muerto del voto sin cultura de la Unión Gremial actúa como un ancla en el socialista inteligente. Por lo general, ninguna de estas afirmaciones es cierta." — G. D. H. COLE y MARGARET COLE. — "GUIA DE LA POLITICA MODERNA".

EMILIO FRUGONI

sensata preocupación de ver en qué grado representan síntomas de su poderío efectivo y condiciones de su capacidad para adueñarse de los destinos sociales con plena garantía de éxito en la realización de sus fines.

Algunos de estos rasgos los debe, naturalmente, a la influencia del medio histórico de la nación que le proporciona su caudal biológico, su material humano.

Es general la opinión de que el pueblo británico no gusta de las abstracciones; y suele repetirse la frase de Burke: "Odio hasta el sonido de las palabras que las expresan". Dickens ha ridiculizado en una de sus novelas la vocación excluyente de sus compatriotas por "los hechos" como contrapuestos a las ideas. Es innegable que les interesan más los hechos que las teorías; y las realizaciones más que los principios. Por lo común prefieren realizar una idea aunque no la proclamen como principio, antes que proclamarla como principio para después realizarla. Son empíricos y antifinalistas por ingénita predisposición.

Alguien ha dicho, para definirlos: "en política no hablan de la libertad sino de las libertades". (Carlos A. Acevedo, Introducción a la "Legislación del Trabajo", de Carlos Moret, hijo).

Véase, sin embargo, cómo el pueblo inglés ha logrado dar al mundo obrero internacional el ejemplo de una clase trabajadora organizada que se mueve tras objetivos de sistemática reforma social e ideales de democracia y justicia económica, vinculándose así a toda una filosofía política. La que informa e inspira el laborismo inglés con su ideología socialista.

El laborismo tiene su filosofía y su doctrina, y ya hemos visto cómo el movimiento obrero británico no dejó de im-

EL LABORISMO BRITÁNICO

pregnarse en sus comienzos de ideología, como ocurrió cuando bajo la influencia de Roberto Owen, con sus proyectos para la creación de una nueva armonía, surgió el llamado "Socialismo inglés de la primera hora". Y ello no tarda en reflejarse sobre diversos planos del pensamiento inglés, en el que Carlyle, Ruskin, Gingsley representan reacciones literarias, artísticas y filosóficas contra los desbordes del "capitalismo desenfrenado". (R. Macdonald, "El Partido Laborista Inglés").

Ello responde asimismo a peculiaridades del carácter de ese pueblo, que no ama de jactarse de doctrinario ni se embriaga con la enunciación de principios abstractos, pero no desdeña, sino que utiliza, las ideas y las idealidades como guías de su acción práctica.

"El inglés, a diferencia del francés —dice Ramsay Macdonald en el discurso citado, que pronunció en París el año 1928— tiene temor a confesar que es filósofo, y prefiere presentarse como uno que sale del paso como buenamente puede. Cuando os pide que le tengáis por "hombre práctico" es para que creáis que no concibe los casos de un modo sistemático, con lo cual se causa un perjuicio. Si fuera cierto sería un trazo que no le honraría gran cosa. Creedme, es de lo más injusto consigo mismo. La filosofía de John Locke inspiró a los gobiernos de su tiempo. Jeremías Benthan, los utilitarios, los de Mills, el padre y el hijo, dieron al radicalismo su fuerza y su empuje. El Partido Laborista encuentra al Socialismo en la base de su filosofía. Para nosotros, el Socialismo es la concepción de una comunidad organizada y orgánica que tiene en sus manos la potencia económica y material de la sociedad, de modo que el individuo pueda ser librado de la opresión y gozar de la libertad de desenvolverse".

EMILIO FRUGONI

Lo que hay es que el pueblo británico no pierde nunca la visión de la realidad y se halla dotado de un espíritu eminentemente práctico, de modo tal que la ideología no se enlaza a su acción como abstracción inhibitoria o irreal, sino que se concilia con su buen sentido realizador, y rara vez entra en conflicto con éste.

Las doctrinas para él son más bien herramientas, "instrumentos de trabajo inducidos de los hechos", como afirma el citado profesor argentino.

DEL HECHO A LA IDEA

Por eso el movimiento socialista inglés sigue, con respecto a la doctrina, un proceso inverso al de los partidos socialistas del continente. Estos antepusieron la doctrina al movimiento obrero contemporáneo y empezaron por ser partidos de ideas con una doctrina social, y así atraeron a su órbita a las masas obreras. Los partidos nacen, pues, de la doctrina. En cambio, en Inglaterra, el partido socialista nace de las trade-unions. Y no es el socialismo quien forma el trade-unionismo, sino el trade-unionismo quien da vida al socialismo.

Es por este método —del hecho a la idea— que se llega allí a la unificación, a la consustanciación del movimiento obrero con la idea socialista, y de la idea socialista con el movimiento obrero. El trade-unionismo británico al desembocar en el socialismo llevó a cabo el pensamiento de Marx, cuya mayor gloria consiste, al decir de Jaurés, "en haber sido el más claro, el más vigoroso de los que pusieron fin a la era del empirismo en el movimiento obrero, a lo que había de utópico en la idea socialista. Por una aplicación soberana del método hegeliano, unificó la idea y el hecho, el pensamiento y la historia. Puso la idea en el movimiento y

EL LABORISMO BRITANICO

el movimiento en la idea; el pensamiento socialista en la vida proletaria y la vida proletaria en el pensamiento socialista. Desde ahora, el socialismo y el proletariado son inseparables: el socialismo no realizará por completo su idea sino con la victoria del proletariado, y el proletariado no realizará por completo su misión sino con la victoria del socialismo".

Pero debe tenerse en cuenta, eso sí, que esa fusión del movimiento y la idea se mantiene dentro de características distintas a las del movimiento obrero continental. El obrero tradeunionista inglés, no se considera un proletario en el sentido marxista de la palabra, es decir, con todo el contenido histórico que Marx ha puesto en esa palabra. El obrero británico —como alguien ha dicho— "no siente el deseo de verse a sí mismo ni a su movimiento en perspectiva histórica".

Muy interesante esta característica "sui generis" del movimiento proletario británico.

EL PROCESO DE EVOLUCION

Eso no empece a que, como lo sostiene y demuestra Juan Carlos Mariátegui, el malogrado pensador peruano —en un profundo ensayo— el desarrollo del socialismo británico conforme, por otra parte, la teoría marxista en cuanto enseña que la evolución del capitalismo conduce a las condiciones materiales y espirituales de un orden socialista. Comprobando que los orígenes de ese movimiento socialista no son doctrinarios, intelectualistas, como los de la social-democracia alemana ni como los del bolchevismo ruso, ve en su evolución, hacia un finalismo socialista, el efecto de condiciones históricas y sociales que van determinando el cambio de las simples reivindicaciones corporativas, en reivindicaciones de clase.

EMILIO FRUGONI

"El trade-unionismo crece indiferente y hasta hostil al doctrinarismo político y económico. Los núcleos intelectuales socialistas carecen durante mucho tiempo de arraigo en los sindicatos. El Independent Labour Party, no obstante su moderación, sólo se convierte en el estado mayor del movimiento obrero después de la guerra. Y el propio partido laborista sólo entra en su edad adulta en este siglo.

"Antes, la mayor parte de los votos obreros no se sentían aun vinculados a su política. El proletariado británico organizado en las trade-unions no había reivindicado todavía su autonomía política en un partido de clase. Pero a medida que el capitalismo declina —y que la función del partido liberal pierde su sentido clásico, y que el poder y la madurez del proletariado se acrecientan— crece el alcance de las reivindicaciones obreras hasta desbordar y romper su marco primitivo. La influencia de los líderes convictos de socialismo se sobrepone a la actividad de una burocracia meramente sindical... Quiere la socialización de los medios de producción como los otros partidos socialistas. Y aunque los quiere con parsimonia y prudencia británica, propugnándola en lenguaje simplemente reformista, lo cierto es que la reconoce como su meta natural y legítima". ("Defensa del Marxismo").

Por eso si la historia del tradeunionismo es sin duda necesaria para seguir el proceso de gestación del laborismo político, se puede en cambio, cuando se trata de explicar el movimiento del partido laborista, prescindir en cierto modo de toda referencia a las manifestaciones políticas de la clase obrera inglesa, sobre todo las que aparecen como ajenas a la organización gremial, en épocas anteriores, porque como dice Washthermer: "lagos de sangre, sí pero no ningún

EL LABORISMO BRITANICO

puente espiritual une a los luddistas, los sindicatos británicos del año 30, los luchadores revolucionarios del cartismo, con aquellos sucesores suyos que a comienzos del siglo fundaron el Partido Laborista".

.....

"Los que fundaran el partido laborista —añade— eran proletarios de la tercera, de la cuarta generación, obreros calificados e instruídos, tradeunionistas bien organizados y bien alimentados; las leyes los protegían contra los más graves daños del sistema industrial que habían padecido indefensos, sus abuelos y bisabuelos".

.....

"Lo que los impulsaba a romper su alianza con los antiguos partidos "respetables" y desarrollar en el Parlamento una actividad política propia, no era desde el punto de vista subjetivo una rebeldía contra el orden social imperante. Era más bien el sentimiento de que a consecuencia de la vacilante situación del monopolio de la Gran Bretaña en el mercado mundial, los liberales y los conservadores estaban cada vez menos en situación de atender a los intereses de sus electores obreros... Conjuntamente, y en estrecha conexión con este sentimiento, los fundadores del partido laborista, habían llegado al convencimiento de que la acción puramente sindical necesitaba complementarse con un movimiento político adecuado a ella. Por consiguiente, la misión que estos hombres atribuían al nuevo partido era absolutamente empírica. Sólo en virtud de los rozamientos con la realidad, que les hicieron darse cuenta del sentido de su propia lucha, adquirieron conciencia de las diversidades fundamentales. Así fueron encontrando paso a paso la hostilidad de aquellos a quienes habían confiado en el

EMILIO FRUGONI

pasado el cuidado de velar por sus intereses, hasta que al cabo de veinte años descubrieron un día que se habían hecho socialistas". (Wasthermer, "El Laborismo Británico").

UN IDEARIO SIN DOGMAS EXCLUYENTES

Lo que se debe advertir asimismo es que al ir asimilando las aspiraciones y la mentalidad socialistas en la medida y el impulso de sus necesidades de clase —y sin duda por obra de ese gran sentido práctico que caracteriza al pueblo anglo-sajón—, el laborismo inglés comprendió intuitivamente que la idealidad activa de un partido político no podía confundirse con el teoricismo abstracto de una simple escuela doctrinaria.

Supo deslindar lo que corresponde al pensamiento orientador, a la doctrina activa de un partido, a su criterio para dirigirse por la realidad histórica contemporánea y lo que corresponde al dogmatismo rígido de una secta o a la complejidad intelectual de una teoría para la cátedra.

No se dejó encerrar en un sistema filosófico o teórico. Por lo mismo que no surgió, como en otras partes, engendrado o fundado por una doctrina, sino alimentado a la vez por numerosas posiciones filosóficas e ideas económicas, permaneció libre en sus actos de toda limitación espiritual.

Y supo mantenerse en una equilibrada dosificación de pragmatismo activo y de idealismo político, como para que cabiendo en él diversas concepciones filosóficas y diversas tendencias socialistas, ninguna se sienta repelida del terreno de acción común, siempre, naturalmente, que sea compatible con los principios de libertad y democracia, que le son esenciales, razón por la cual el comunismo soviético ha sido oficialmente excluido de sus cuadros.

EL LABORISMO BRITANICO

Comprendió que para un partido más vale darse y cumplir un programa de acción, que someterse a una filosofía especulativa o a una doctrina inaplicada, por aquello que el propio Marx dijera en su "Crítica al Programa de Gotha", de que "todo paso hacia adelante, todo movimiento real importa más que una docena de programas".

El pensamiento de sus hombres representativos no se uniforma en una escuela filosófica. El espiritualismo, el materialismo, el positivismo, así como todas las religiones y el ateísmo antireligioso, reclutan adeptos en sus filas. Colectivamente, el laborismo carece de fundamentos teóricos en punto a posición espiritual abstracta y en su seno conviven las más variadas concepciones filosóficas de todos los tiempos.

De ahí que en sus cuadros puede haber marxistas, algunos tan ilustres como el Profesor Laski, acaso la más alta autoridad inglesa contemporánea en derecho público, o Hyndman, y quienes no son marxistas, como no lo fueron Hardie, ni Thomas, ni Snowden, ni Macdonald, ni William Morris, ni tantos otros que se destacaron como las figuras de mayor prestigio en los años de su iniciación, ni lo es Wells, ni lo son el economista Cole, ni Bertrand Russell, ni los esposos Webbs, ni muchos de sus líderes políticos de hoy.

Es que la orientación de sus actos no se remite a determinada teoría sociológica, ni su criterio político a una determinada filosofía de la historia, sino a un postulado ético y jurídico, a una demanda de justicia social y humana. Esc le basta para formular sus exigencias prácticas, y hay quienes sostienen que es precisamente su carencia de toda sistemática y su adopción de un método experimental y empírico, con preferencia a todo compromiso ideológico con

EMILIO FRUGONI

esta o aquella posición teórica, lo que le habría convertido en el partido obrero más poderoso del mundo.

Con todo, se ha echado de menos en no pocas ocasiones la carencia de una base teórica sólida que le hubiese evitado lamentables inseguridades y confusiones ideológicas al proporcionarle una visión más certera para el análisis e interpretación de cada momento.

Felizmente el partido se ha ido elaborando esa base doctrinal, y hoy dispone para emplearlo como forma auxiliar de su acción práctica, de un criterio fundamental, de un sistema de ideas generales y rectoras que dan cada día más coherencia a su trayectoria política.

EL PROGRAMA LABORISTA

Fué recién en el año 1918, poco antes de terminar la guerra europea, cuando el Partido Laborista formuló en un programa sus finalidades socialistas.

Hasta entonces había actuado —llegando a ser el tercer gran partido de la Cámara de los Comunes— sin programar sus fines en una carta fundamental. Adoptaba en sus Congresos resoluciones aisladas exigidas por el momento, sin reunir las y ordenarlas en la sistematización de un programa general. Su ausencia de "pasado doctrinal", hija de su desconfianza tan inglesa por las declaraciones puramente teóricas y de su inclinación orgánica a encararlo todo desde el terreno de la práctica, se descubre en ese primer programa.

La guerra no lo apartaba de sus preocupaciones constructivas. El programa fué publicado bajo el título de "Laborismo y Nuevo Orden Social. - Una ponencia sobre reconstrucción".

EL LABORISMO BRITANICO

Se ha dicho que tal vez ningún otro documento desde la publicación de "Progreso y Miseria" de Henry George, o "Noticias de ninguna parte", de William Morris, ha influido tanto en el pensamiento socialista de Gran Bretaña.

Hasta ofrece el interés de acusar una tendencia a basar sus formulaciones positivas, concretas, en una teoría general. pues afirma que "las proposiciones prácticas contenidas en él, se orientan en concepciones de principio". Y después de prometerse hacer cuanto esté de su parte para enterrar el sistema social que ha sido la causa de la guerra, "el sistema individualista de producción, eje del capitalismo moderno, y el régimen político que le sirve de base" traza el plan de su acción inmediata, del cual dice "es un plan sistemático y bien pensado que, a juicio nuestro, deberá tener en cuenta cualquier gobierno preocupado de reedificar lo que quepa reconstruir sobre las ruinas".

En ese programa se pide —advírtase que aun no había terminado la guerra y aun no habían surgido los famosos 14 puntos de Wilson— "la creación de una Sociedad de Naciones que las abarque a todas y de un Tribunal Supremo de justicia internacional a ella adscripto; una Asamblea Legislativa Internacional para la elaboración de leyes con vigencia internacional y el tribunal mencionado cuya misión será resolver aquellos conflictos que jurídicamente no caigan bajo la esfera de competencia de los tribunales de arbitraje".

Para mejor captar sus fines y la táctica con que los persigue, daremos un salto desde aquel momento a uno de los más recientes manifiestos, la declaración sobre "La política laborista en el frente interno", aprobada por la Conferencia Anual realizada en Bournemouth el año 1940.

En esa declaración anotamos el siguiente pasaje:

EMILIO FRUGONI

"El Partido Laborista es un Partido Socialista; en consecuencia, concibe la reconstrucción en términos socialistas. Pero su socialismo está edificado sobre una profunda fe en el pueblo de Gran Bretaña, y una determinación a efectuar los cambios sociales sobre las bases de la Democracia y Justicia. Rechazamos todas las demandas de dictadura, sean de derecha o de izquierda. Tomamos nuestra posición basada en la fe de la razón, que mira la voluntad declarada del pueblo como la única fuente del poder. Mientras que esa voluntad sea respetada por la nación, tenemos confianza en que las históricas formas de la democracia parlamentaria provean un camino a lo largo del cual pueda pacíficamente pasar de una sociedad de competencia a una sociedad socialista. Prevenimos a los enemigos de la Democracia, abiertos o embozados, que la voluntad declarada del pueblo "debe" prevalecer. La mayoría de la nación tiene títulos como para ser el dueño de su propia casa.

"Para el Partido Laborista, una Inglaterra Socialista no es una utopía lejana, sino un ideal que debe ser realizado en nuestro tiempo. Buscamos una sociedad en la cual haya una justa distribución de la riqueza y en que los instrumentos esenciales de la producción hayan sido socializados".

Eso define toda la posición laborista en materia de objetivos y métodos.

UN DEBATE MEMORABLE

Más terminante que todas esas declaraciones como exponente de la ideología del laborismo es acaso el debate provocado en el año 1923, en la Cámara de los Comunes por una moción de Philip Snowden, que seis años después sería ministro de Hacienda.

EL LABORISMO BRITANICO

La moción decía así:

"Que en vista del fracaso del sistema capitalista, ya sea para utilizar y organizar debidamente los recursos naturales y las fuerzas productivas, ya sea para procurar los medios necesarios de vida a una gran parte de la población, y creyendo que la causa de este fracaso reside en la propiedad privada de los medios de producción y distribución, esta Cámara declara que se deben adoptar medidas legislativas para sustituir gradualmente el régimen capitalista por un orden social basado en la posesión pública y el control democrático de los instrumentos de producción y distribución".

Puesta a discusión intervinieron en el debate, Sir John Simon, liberal; J. R. Clynes, vicepresidente del Labour Party; E. C. Grenfell, conservador; Dan Irving, laborista; Mr. Lloyd George, liberal; Arthur Henderson, secretario del Labour Party; Nwebold, el único comunista de dicha cámara; Amery, ministro de Marina que habló en nombre del gobierno, y finalmente James Ramsay Macdonald, leader opositor y presidente del Partido Laborista.

Digamos, antes de proseguir, que este debate demuestra hasta qué punto difiere el sentido práctico que todo el mundo reconoce a los ingleses como una de sus cualidades típicas, del sanchesco desdén por las ideas generales y las amplias concepciones constructivas que entre nosotros suele confundirse con dicho sentido. En nuestro parlamento no se concebiría una discusión de esa naturaleza. Causaría escándalo la presentación de una moción de esa clase, y el llegar a discutirla parecería cosa de locos o sofistas desocupados. Dentro y fuera de la Cámara nadie admitiría que valiese la pena dedicar toda una larguísima sesión a dejar sentado el criterio de las fuerzas políticas del país y de los

EMILIO FRUGONI

hombres que las representan en la Cámara, respecto de un problema planteado tan en abstracto. Fué aquella una discusión sobre el socialismo. No la rehuyeron los partidos de Gran Bretaña. Por el contrario, la abordaron con una elevación y una serenidad sorprendentes.

Allá, en vez de impedirse la discusión de la moción Snowden, fué sometida a consideración de la Cámara, para que el ex ministro de Higiene sir Alfred Mond presentase en seguida una enmienda en la que se afirmaba: *"la necesidad de defender la posesión privada de los medios de producción y distribución y la intención de implantar amplias medidas de reforma social sin remover las bases de la actual sociedad"*.

El libro de Fabra Ribas trae un resumen muy bien hecho de ese debate, y de ese resumen damos aquí un extracto literal:

Abrió el debate Sir John Simon, diciendo que la proposición de Snowden carecía de lógica, porque si de lo que se trataba era de echar abajo todo el edificio social, resultaba inútil indicar qué se iba a hacer gradualmente.

El orador añadió que los liberales combatirían la moción del Partido Laborista, aunque reconocían con éste muchos de los males del presente régimen.

El diputado obrero J. R. Clynes sostuvo que los males cuya existencia admite Sir John Simon no son meros accidentes, sino la consecuencia fatal del sistema capitalista. La piedra de toque del capitalismo está en sus resultados. en el contraste entre las inmensas riquezas que se hallan en poder de una pequeña minoría y la inseguridad y la desesperanza de millones de asalariados, que algunas veces se

EL LABORISMO BRITANICO

sienten movidos a expresar su descontento promoviendo desórdenes.

"Este contraste lo hace desaparecer el socialismo, que defiende la justicia para todos y se inspira en la justicia general. De ahí que sean tres las condiciones para que triunfe: primera, asentimiento —a falta de apoyo entusiasta— del pueblo; segunda, comprensión por parte de la comunidad y tercera, cooperación".

El diputado E. C. Grenfell sostuvo que con la proposición de Snowden y con los malos consejos de sus correligionarios se hacía más daño y se agravaba más la crisis del paro que con el empleo de cualquier otra clase de medios. "El socialismo en este país —terminó diciendo el diputado por la City— nos conduciría a la miseria".

El discurso de Dan Irving, lleno todo él de conceptos crudos y tajantes, puede resumirse en estas frases dirigidas a sus adversarios: "Os habéis visto obligados a modificar vuestro individualismo construyendo organizaciones, combinaciones, carteles y trusts; es decir, aplicando con fines capitalistas la idea que defiende el socialismo. Día vendrá en que el Estado se apoderará de esas organizaciones y las hará funcionar en beneficio del pueblo".

Lloyd George empezó su discurso diciendo que la proposición que se discutía tenía por objeto destruir un sistema que, con todos sus defectos, había colocado a la Gran Bretaña en el puesto preeminente que por su riqueza y poder ocupa hoy en el mundo, sustituyéndolo por otro que no había sido ensayado aun en ninguna parte, al menos aplicándolo a la delicada y complicadísima máquina del comercio. Antes de aventurarse a un cambio tan fundamental debe hacerse una demostración de la bondad del mismo;

(1) Porqué el Estado y no la sociedad?

EMILIO FRUGONI

de lo contrario, podrían correrse riesgos que nos llevarían a un desastre. Esta demostración no la ha hecho todavía el Partido Laborista”.

Lloyd George terminó su discurso proponiendo que el Parlamento proceda a una profunda investigación acerca de las causas que provocan el desasosiego actual.

Arthur Henderson, en el discurso que pronunció a continuación, quiso principalmente demostrar que la proposición de Snowden respondía al programa que el Partido Laborista aprobó en 1917 y que en las últimas elecciones apoyaron con sus votos 4.250.000 ciudadanos. El orador afirmó que no se trataba de dar un salto en las tinieblas, sino de desarrollar cada vez más la obra que los Municipios y las Cooperativas están realizando en el terreno colectivo. “El Partido Laborista no quiere destruir, sino transformar; no pretende desorganizar, sino organizar”.

El comunista Newbold dijo que apoyaría la moción socialista; anunció que se estaba preparando una nueva guerra y aseguró que no se puede implantar el socialismo sin apelar a la violencia.

En nombre del Gobierno intervino el ministro de Marina. Declaró que en la moción Snowden se afirma la imposibilidad de mejorar el actual sistema de producción, olvidando los progresos realizados en los últimos cincuenta o sesenta años. Si estos progresos se han interrumpido se debe únicamente a las consecuencias de la guerra.

El ministro añadió que el Gobierno tomaba en consideración la propuesta de Lloyd George en lo que se refiere a proceder a una profunda investigación. Por su parte proponía el ensayo de un sistema de asociación entre las grandes trade-unions y la industria. En cuanto a la implantación

EL LABORISMO BRITANICO

del socialismo, el orador creía que el sistema capitalista cuenta con medios más eficaces para procurar el bienestar general.

Cerró el debate un discurso de James Ramsay Macdonald, quien empezó diciendo que ninguno de los oradores que le habían precedido en el uso de la palabra había intentado hacer una defensa razonable del capitalismo, por lo cual él se proponía llenar esta laguna.

“El socialismo —dijo— no considera al capitalismo como una forma inferior de la organización humana. Los socialistas creen que el capitalismo representa un progreso sobre los regímenes que le precedieron y que este progreso se halla hoy superado por el socialismo.

“¿Por qué se pretende que los socialistas quieren apelar a la violencia para acabar con el actual régimen? Si en vez de la palabra revolución se empleara el vocablo transformación cambiaría completamente, no el fondo, pero sí el aspecto de las cosas, y las nueve décimas partes de los argumentos que se han empleado contra nosotros carecerían completamente de base.

“Se ha sostenido que el capitalismo puede curar los males que produce. ¿Cómo vais a evitar los trusts y los monopolios? La concurrencia —afirmó Macdonald—, es la característica del capitalismo. Se empieza por la concurrencia, se va luego a una federación de empresas, hasta que se llega a un vasto sistema de trusts o monopolios que se imponen a toda la comunidad.

“La comunidad que produce y consume carga siempre con el peso de la supercapitalización. El capitalismo, por su propia evolución, se apodera por completo de la orga-

EMILIO FRUGONI

nización económica, la cual domina la vida de la comunidad en el exclusivo provecho de aquél”.

Puesta a votación la propuesta de Snowden, fué rechazada por 368 votos contra 121.

LABORISMO Y MONARQUÍA

Más interés que resumir esos sucesivos planes y programas del laborismo, ofrece considerar ahora su posición ante la forma de gobierno monárquica y ante el Imperio.

El Partido Laborista no se plantea el problema de una reorganización política nacional que implique romper radicalmente, revolucionariamente, con la forma tradicional del gobierno inglés. Si las formas políticas perfectamente conciliables con su naturaleza de partido de la clase obrera y adecuadas al espíritu de las tendencias jurídicas y sociales que preconiza, pueden venir por la vía pacífica de las reformas legales y constitucionales que le resultan factibles mediante la ascensión al poder y en el ejercicio legal del mismo, él las traerá. Porque, aunque no se haya proclamado antimonárquico, ni haya creído oportuno denunciar el anacronismo de las dinastías y de las testas coronadas, aun en los cánones de la monarquía constitucional y de la democracia parlamentaria, por no creerlos obstáculo al desarrollo de su acción y a la aplicación de sus propósitos renovadores en todos los demás órdenes de la vida británica, su orientación espiritual y su mentalidad de fuerza popular igualitaria lo adscriben implícitamente al republicanismo.

Tanto más cuanto que a menudo ha debido chocar con las costumbres tradicionales y las fórmulas arcaicas de la vida oficial británica, con sus ceremoniales absurdos conser-

EL LABORISMO BRITÁNICO

vados intactos desde hace siglos y sus exigencias protocolares de casta. Es sin duda una franca reacción contra la cáscara monárquica de la superestructura inglesa, su anhelo de suprimir la Cámara de los Lores, que representa una incómoda supervivencia aristocrática y le crea al laborismo no pocas dificultades con sus reglas de constitución y sus normas de funcionamiento.

Las cortes reales y los rituales palaciegos no se avienen con un partido de masas trabajadoras, y el día que los laboristas puedan gobernar con la mayor suma de poder en sus manos, harán desaparecer seguramente, el anacronismo de la monarquía hereditaria en cuanto le sea permitido efectuarlo sin crearse dificultades poderosas con el desagrado y la hostilidad de fuerzas que aún pueden permanecer neutrales en las alternativas de la contienda política y ante las diversas reformas sociales perseguidas por el laborismo.

Esta consideración: la de no acarrear la oposición decidida de esas fuerzas, entre las que deben contarse vastos sectores populares de la nación todavía apegados al prestigio de anacrónicas formas tradicionales, es precisamente la que le ha llevado a consentir en la conservación de la Cámara de los Lores, sobre todo después de la reforma Asquith, que la privó del privilegio de decidir de las leyes financieras. Ha preferido el laborismo verse obligado a convertir en pares a representantes obreros y a buscar algunos ministros en la Cámara de tipo feudal, donde tiene su asiento la representación de la nobleza hereditaria, antes que congregar contra el gobierno laborista, al disolver esa Cámara, la declarada oposición de tales fuerzas.

Y así como ha llegado a parecer poco prudente y poco práctica la exigencia de dicha disolución, máxime desde

EMILIO FRUGONI

que el único poder de aquella Cámara consiste en detener por tres años los proyectos de leyes, así también se estima, por ahora, demasiado teórica la cuestión de si debe sustituirse la monarquía constitucional por una república, o si debe dejarse a ese respecto las cosas como están.

EL LABORISMO Y EL IMPERIO

Coincide esa posición del laborismo ante la monarquía con su actitud ante el Imperio. Esa actitud se fué elaborando a través de varias resoluciones de sus Congresos y pasó por un proceso de aclaración y fijación que comienza bajo la influencia de puntos de vista sentimentales para concluir en expresiones claras de ese criterio pragmático que es en él tan característico. El primer Congreso del Comité de Representación Laborista, en 1901, se pronunció contra el imperialismo, denunciándolo ante la clase trabajadora como "regresión a uno de los aspectos peores de la barbarie". La misma fecha en que se celebró ese Congreso nos ilustra sobre una circunstancia muy importante para la aplicación del criterio adoptado por el Partido Laborista ante el trascendental problema: las conquistas coloniales británicas ya se habían llevado a cabo; el Imperio Británico había iniciado su era de estabilización, dando por concluido su expansionismo geográfico.

El Partido se hallaba, pues, ante un hecho consumado, ante cuya realización nunca se había detenido la preocupación de los sindicatos obreros, de las trade-unions, absorbidos por sus problemas específicos e inmediatos.

Ante esa realidad histórica, heredada de una época anterior, el Partido, más que entretenerse en pronunciamientos sobre la calificación moral del imperialismo, debía estudiar

EL LABORISMO BRITANICO

las directivas de una acción en relación con las colonias incorporadas al Imperio. Aunque no se aceptase el derecho de sojuzgar a pueblos extraños y se reprobasen los métodos de conquista y los procedimientos de dominación, amenudo de una brutalidad y barbarie que ningún socialista podría tolerar, el Partido no se preguntaba si el Imperio debía ser conservado o debía ser desmembrado. El Imperio, como alguien ha dicho, "suponía un deber que no podía eludirse".

Tres años después de aquella primera resolución más arriba citada, surgió en el Partido una discusión relacionada con el viaje que querían hacer a las colonias algunos diputados para informarse directamente de los problemas del Imperio. Pero lo que se debatía en esa discusión no era la tesis del abandono del imperio colonial frente a la tesis de su conservación, sino la conveniencia de alejarse por un momento de las luchas y necesidades de la metrópoli para ocuparse de las cosas de las colonias. La masa obrera miraba con cierta desconfianza los problemas del Imperio, que le parecían constituir fenómenos que los gobernantes sacaban a luz para distraer la atención pública apartándola de las cuestiones internas.

Pero esa desconfianza no podía traducirse, para el año de los diputados laboristas, en indiferencia por la suerte de las poblaciones que se hallaban bajo el dominio de las autoridades británicas, sujetas a la administración británica y a las leyes dictadas desde el Reino Unido. Lejos de ello, salieron en defensa de las razas y pueblos sojuzgados, revelando entre enérgicas protestas, los abusos del imperialismo y reclamando derechos y garantías para los nativos de las colonias. Ellos protestaron contra la esclavitud en algunas regiones de África y contra todos los excesos de la co-

EMILIO FRUGONI

lización capitalista en cualquier parte del inconmensurable imperio. En 1907 sostuvieron la concesión de la independencia a la Unión del África del Sur y combatieron la constitución sudafricana, que negaba derechos políticos a los naturales del país.

Un análisis profundo del criterio laborista ante el problema de sus relaciones con la realidad histórica del Imperio nos llevaría demasiado lejos y rebasaría los límites razonables de la presente exposición.

Sintetizando, sin salirnos de la superficie, recordaremos que Ramsay Macdonald, en un folleto titulado *El Laborismo y el Imperio*, decía en el año 1907: "El Partido ya no piensa en dilucidar si se debe devolver el trono a los Estuardos, como tampoco en discutir si debemos romper el Imperio en pedazos". Y agregaba que en cuanto a los pueblos indígenas el deber de Gran Bretaña es servir de protectora y educadora de los países menos desarrollados".

Recoge aquí el concepto de la tutela que ya había formulado siete años antes Bernard Shaw, y que se incorpora al programa colonial del partido como lo hallamos diez años después en el opúsculo oficial *El Laborismo y El Nuevo Orden Social*, redactado, según hemos visto, por Sidney Webb.

"Si, por un lado, repudiamos el imperialismo que tiende a dominar otras razas o a imponer nuestra propia voluntad en otros lugares del Imperio Británico, del mismo modo hemos de desechar todo concepto de un "no intervencionismo" egoísta e insular, sin parar mientes en nuestros especiales deberes para nuestros hermanos residentes en ultramar; en los deberes corporativos de un país hacia otro; en los derechos morales que como nosotros tienen razas no adultas, y en nuestro propio deber para con el mundo

EL LABORISMO BRITANICO

de que formamos parte. Aspiramos a un intercambio siempre progresivo, a un constante desarrollo en el intercambio de productos, a un progreso firme de nuestra mutua inteligencia y a un continuo acrecentamiento de nuestra cordial cooperación con todos los pueblos del mundo. En cuanto a esa gran comunidad de todas las razas, color, religiones y todo grado de civilización, que denominamos el Imperio Británico, el partido laborista se manifiesta por su mantenimiento y su desarrollo creciente sobre la base de autonomía local y "Home Rule para todos"; el mayor respeto hacia el derecho que tiene cada pueblo, no importa su color, a toda autonomía democrática para la que esté capacitado y a todo el producto de su propio trabajo derivado de los recursos de su propio país territorial; y la más estrecha cooperación posible entre todos los distintos miembros de lo que esencialmente ha llegado a ser, no un Imperio en la antigua acepción de su significado, sino una Alianza Británica. Debe mantenerse intacta la autonomía absoluta de cada una de las partes autónomas del Imperio. Lo que queremos, aparte del constante progreso de la autonomía democrática de cada uno de los lugares de la Alianza Británica, y especialmente en la India, es la continua participación de los ministros representantes de los Dominios, de India, y en fin de los de otras posesiones, en las deliberaciones más confidenciales del gabinete en lo que afecte a política extranjera y a los asuntos imperiales. y la asamblea anual de un Consejo Imperial en que estén representados todos los componentes de la Alianza Británica y todos los partidos de sus respectivas legislaturas locales, que deberá conocer de todos los asuntos de interés común, aunque sólo con objeto de hacer recomendaciones".

EMILIO FRUGONI

LA CUESTION DE LA INDIA

No se planteaba hasta entonces la cuestión de que una colonia, a semejanza de los Estados Unidos de Norte América, en vez de conformarse con integrar el gran conjunto imperial en igualdad de condiciones entre todos los miembros del mismo y con la mayor "autonomía democrática" —palabras del programa— reclamase la independencia absoluta. Esa cuestión la trajo más adelante la India al seno de la preocupación de los partidos políticos británicos contemporáneos. Y a propósito de ella el Congreso Laborista de Scarborough, en 1920, adoptaba la resolución siguiente:

"Este Congreso niega a todo gobierno el derecho a gobernar un país contra la voluntad de la mayoría; y al par que desea expresar su esperanza de que todos los pueblos del Imperio Británico preferirán continuar formando parte de ese Imperio, cuando sus respectivas aspiraciones hayan sido estudiadas de un modo conciliador, concediéndoles su autonomía, se declara porque la decisión final del asunto debe corresponder a esos mismos pueblos"

En esa resolución hay como una reminiscencia de las ideas expresadas por Bernard Shaw en su folleto *EL FABIANISMO Y EL IMPERIO*, donde decía que no es la fuerza militar la que puede mantener la estabilidad del imperio, sino el buen gobierno de los pueblos que lo componen. "El Imperio Británico manejado como manejamos Irlanda y las colonias americanas, se caerá a pedazos sin que haya que disparar un solo tiro"... "En cambio, con sólo procurar que la bandera británica lleve consigo, en todas partes donde ondée, un código de fábricas y un nivel de vida logrado por un salario mínimo legal, la civilización

EL LABORISMO BRITANICO

seguirá a la bandera. Con tales derechos constitucionales y garantías como éstas, las colonias se asirán al Imperio".

Pero, sienta además, con toda claridad, el principio de que la voluntad de la mayoría debe ser respetada, remitiéndose a la autodeterminación de los pueblos para la decisión final.

Todavía algunos años después de adoptada esa resolución, que parece referirse sobre todo al criterio con que se deben contemplar las aspiraciones de los pueblos coloniales dentro del régimen del *Communwell*, el problema de una demanda de independencia absoluta parecía hipotético. Tuvo, sin embargo, que afrontarlo más adelante y hasta desde las alturas del poder; y habría de ser, precisamente, el principio de la autodeterminación el que lo guiase en los pasos de una política que, manteniéndose fiel al derecho de los pueblos a decidir de sus destinos en el goce de una completa soberanía, trataba de colocar ese norte en el terreno de la realidad histórica, localizándolo en medio de las grandes dificultades de hecho que se interponían en el camino de su persecución. El laborismo no alienta un movimiento de independización absoluta de la India; pero no ve con aversión, sino con simpatía, los esfuerzos del pueblo hindú en el sentido de capacitarse para alcanzar esa meta, y no aprueba o no consiente que el gobierno ahogue en la represión violenta esas aspiraciones, intentando resolver por la fuerza un problema que debe resolver la razón. Pero como no conspira sistemáticamente contra el sostenimiento del imperio, ni estimula ni levanta la bandera de su disgregación, no se opone a que los gobiernos busquen por la vía de dar satisfacción a los anhelos de autonomía y de ampliar las libertades de los pueblos y de mejorar y elevar sus condiciones de vida, la

EMILIO FRUGONI

adhesión voluntaria de la mayoría al organismo imperial, concebido como una federación de naciones libres.

No faltaron quienes le reprochasen, desde los países de América en que la independencia de los pueblos no se concibe sino en la radical desaparición de todo vínculo de comunidad política (no ya de supeditación a la metrópoli), no haber concedido cuando estuvo en el gobierno, la independencia de la India, en vez de contener los movimientos de rebelión, como si ello hubiera cabido en sus posibilidades políticas. Pero el laborismo no podía desconocer que en la intrincada cuestión de la India no se reduce todo a decretar la independencia.

Un gobierno consciente de sus responsabilidades, por muy partidario que sea de no regatearle a un pueblo el reconocimiento de sus derechos a ser enteramente dueño de sí mismo, no puede decretar un cambio tan importante para la vida de ese pueblo y para la suerte de toda Gran Bretaña, sin antes librar de riesgos ciertos y fatales el camino que deja franco, sin cerciorarse de que esa solución responde realmente a los deseos claros de la verdadera mayoría nacional, frente a otras soluciones evolutivas menos expuestas a contratiempos y menos peligrosas para la metrópoli, dadas las fuerzas, las ambiciones y las corrientes de intereses rivales que se agitan en torno y en el seno de ese vasto y rico país de Oriente.

Su mismo pacifismo, su misma aspiración de organizar el mundo civilizado en la paz y por la paz, con una Sociedad de Naciones y Tribunales de Arbitraje; su tendencia a reducir los armamentos, definen su adhesión al imperio y marca rumbos a su política colonial. Es el suyo un colonialismo tolerado y tolerable; o sea tolera la existencia del Imperio y lo defiende contra absorciones extra-

EL LABORISMO BRITANICO

ñas, de potencias rivales; pero no impulsa su expansionismo, sino que lo contraría, así como favorece con posiciones de humana tolerancia la independencia de las colonias.

EL LABORISMO Y LA PAZ

Así lo encuentra la guerra presente, después de haber ocupado, por dos veces, en plena paz, el gobierno de Gran Bretaña, de la cual es uno de los dos más grandes partidos políticos por haber superado en importancia al Partido Liberal, con cuyo precario y reticente apoyo parlamentario gobernó la primera vez. Las dos veces actuó como primer Ministro Ramsay Macdonald, que terminó fundando un Partido Laborista en disidencia con el viejo Partido Laborista. Fué esa una lamentable aventura política que no cabe comentar en esta reseña. Diremos, eso sí, que en tal oportunidad el Partido Laborista demostró su vitalidad vigorosa, pues no tardó en reponerse de los efectos de la escisión y de la pérdida del gobierno seguida de unas elecciones en que le tocó batirse solo contra una coalición de los dos partidos tradicionales y del nuevo vástago laborista, que nació condenado a una vida anémica y precaria.

Ahora ha vuelto al gobierno, pero en un ministerio de unión nacional para la defensa común. En este ministerio son laboristas: el mayor Atlee, como Lord del Sello Privado; Arturo Greenwood, como ministro sin cartera; Herbert Morrison, como ministro de Interior y Seguridad Nacional; Ernest Bevin, como ministro de trabajo, y Hugh Dalton, como ministro de guerra económica. El 1er. Lord del Almirantazgo, Alexander, es "laborista nacional", es decir, de la fracción que encabezara Macdonald cuando se produjo la escisión (año 1931). Atlee, Greenwood y Bevin, inte-

EMILIO FRUGONI

gran, además, el gabinete de guerra, en cuyas manos se halla la conducción de todo lo directamente relacionado con el conflicto. La presencia de los laboristas en el gobierno "para hacer la guerra" constituye un acontecimiento cuya significación salta a la vista y se impone por sí solo al espíritu de los observadores.

Su tendencia profundamente pacifista, tal como corresponde a una organización política de la clase trabajadora y tal como se desprende a modo de natural emanación de su ideología socialista, da a esa presencia el carácter de un hecho que sin mayores explicaciones, vale por una rotunda afirmación doctrinaria. Y una vez más aparece así el laborismo trazándose una doctrina en la acción sobre los caminos de la historia, a golpes de realidad, para afianzarse y no para desmentirse ante los hechos.

Cuando la guerra de 1914-18, algunos de sus líderes más destacados se batieron denodadamente por el pacifismo. Macdonald "gozó" de una gran impopularidad durante todos los años de la guerra y aún después del armisticio por su campaña pacifista que le hizo perder su banca de diputado por el distrito de Leicester en el año 1918. En el gobierno impuso sus ideas pacifistas reduciendo de entrada el presupuesto de la marina, celebrando el primer pacto de paridad naval con Estados Unidos y tomando la iniciativa de la histórica conferencia de Locarno, en que se reunieron Inglaterra, Francia, Alemania e Italia.

Verdad es que el Partido, pese a la oposición de algunos de sus leaders, integró durante aquella guerra el ministerio de coalición presidido por Asquith y Lloyd George, pero su aspiración pacifista no se eclipsaba bajo esas intervenciones que significaron, sobre todo, su energía de acción para no eludir responsabilidades cuando llegaban mo-

EL LABORISMO BRITANICO

mentos difíciles para la suerte de la nación obligada a enfrentarse con enemigos poderosos. Arthur Henderson, que sucedió a Macdonald como leader del Partido, y que había integrado uno de aquellos ministerios, murió siendo presidente de la Conferencia de la Paz, organizada por la Sociedad de las Naciones, y acariciando el sueño de las soluciones pacifistas para todos los conflictos internacionales, que persiguió como un iluminado sin darse punto de reposo.

Pero el pacifismo laborista, no era ni podía ser una actitud estéril por la conquista de la paz. Eso no se hubiera conciliado con su sentido profundamente práctico que vitaliza su doctrina y su ideal de reorganización del mundo para el reinado de la justicia y de la armonía entre los hombres. Mientras vió que las corrientes pacifistas podían extenderse y coordinarse en un mundo político sin compartimentos impermeables, se esforzó por apartar a su país de la absorbente y gravosa preocupación guerrero-fila, tan propicia al negocio de los fabricantes de armas; por curarlo del prejuicio de la grandeza militar; por erigirlo en ejemplo y modelo de nación bien intencionada para las demás; en hacer de Gran Bretaña una nación "de buena voluntad" para que no se plegase nunca a las corrientes perturbadoras de la paz en el mundo.

Y cuando él asumía la responsabilidad del gobierno lo hacía en la esperanza de tender entre todas las naciones, sobre los puntos de apoyo de las fuerzas socialistas y obreras de todas ellas, puentes de concordia y de pacificación, empezando por infundirles confianza con la reducción del poder militar británico y con una política internacional de acuerdos y acercamientos amistosos.

Pero al derrumbarse la República de Weimar en Ale-

EMILIO FRUGONI

manía y al instalarse en ella un régimen de violencia y prepotencia, que prolongaba en un país de formidable potencialidad, el fascismo italiano, traduciéndolo al alemán, comprendió que el pacifismo no podía continuar siendo una prédica del Sermón de la Montaña en la selva poblada de lobos. Los regímenes totalitarios cerraban el paso a las corrientes pacifistas. No podía esperarse que ellas penetrasen en esas fortalezas inexpugnables, en cuyo interior no había más organizaciones obreras, ni partidos políticos democráticos, ni libertad de palabra, ni derecho de reunión, ni bocas que transmitiesen la palabra de paz, ni plumas que la escribiesen, ni oídos que se atreviesen a recogerla, ni ojos capaces de leerla siquiera a escondidas.

Su pacifismo se volvió entonces una lucha encarnizada contra el sistema organizado para hacer la paz imposible. Y cuando los gobiernos conservadores se mostraban tolerantes para con Mussolini, por el cual sentían indisimulable debilidad, el laborismo reclamaba indignado contra esa política taimada e hipócrita de contemplaciones. Y cuando Hitler en vez de encontrar la decidida resistencia del gobierno inglés, encontraba torpes complacencias de su parte, que le permitían recuperar la Rhenania sin disparar un tiro y debilidades suicidas que imponían al gobierno del Frente Popular francés el grotesco artilugio de la No Intervención en España, el Partido Laborista desataba sus campañas de oposición exigiendo una diplomacia menos claudicante frente a las ambiciones y planes de los dictadores.

EN LA TRINCHERA DE LA DEMOCRACIA

Se colocó, por eso, en irreductible oposición ante Chamberlain; y cuando estalló la guerra se hallaba de pie, como

EL LABORISMO BRITANICO

un solo hombre, en la trinchera de la democracia, levantando ante la barbarie nazi que desencadenaba la tormenta, el espíritu y los puños de una clase obrera consciente, dispuesta a no dejarse aplastar, sin lucha a muerte, por los enemigos de afuera ni traicionar por la debilidad o complacencia de los entregadores de adentro. En sus filas no había fanáticos ni agentes de Moscú que se encargasen de trasladar a Gran Bretaña la traición del pacto nazi-soviético, como los hubo en Francia donde los obreros comunistas se contaban por cientos de miles y el Partido Comunista era uno de los más poderosos. El comunismo no logró nunca extenderse mucho entre el pueblo inglés. El Partido Laborista había separado de su seno a los pocos miles de comunistas que se le acoplaron, y poco tiempo antes de la guerra había expulsado a uno de sus dirigentes porque se empeñaba en que el Partido Laborista realizase el Frente Unico con los comunistas. Se trataba de Mr. Stafford Cripps, a quien se le envió después de estallada la guerra a Rusia como embajador británico en la esperanza de que, dadas sus relaciones con los hombres del Kremlin, los atrajera a un entendimiento con Gran Bretaña o los apartase de su "neutralidad" cómplice con Alemania. No sabemos si al confiarle a ese ex-laborista tan delicada misión se ha puesto en juego el inconfundible *humour* inglés o si debemos echar la ocurrencia a cargo de esa dosis, a veces muy abundante, de candorosa ingenuidad, que en los ingleses es algo así como un desconcertante contrapeso de su proverbial sentido práctico. (1).

(1) Eso fué escrito meses atrás. Aun se hallaban en prensa las presentes páginas, cuando Mr. Stafford Cripps fué llamado a Londres ante los movimientos de fuerzas que se producían del lado de Alemania y de Rusia sobre sus fronteras comunes. El embajador inglés se apres-

EMILIO FRUGONI

Tampoco hubo en Gran Bretaña ocasión de que a favor de un total descalabro militar —debido sobre todo a la incapacidad técnica de viejos militares, adoradores estáticos de la Línea Maginot— se dejase sentir la traición decisiva de los políticos bajamente reaccionarios, fascistas de alma que en todo país europeo, y en Francia sin duda más que en Gran Bretaña, estaban al acecho del primer contraste serio de la democracia para caer como buitres sobre sus despojos.

La verdad es que el Partido Laborista adoptó una actitud clara y aleccionadora. Repudió a Chamberlain, pero no dejó por ello de ocupar su sitio en la línea de batalla frente al enemigo de las libertades de Inglaterra y del mundo.

No se dejó impresionar por la consigna entregadora elaborada en el laboratorio nazi-soviético, para uso de las multitudes obreras: "se trata de una guerra imperialista que no debe interesar a los trabajadores". Es decir: el ejecutor proletario a la traición del pacto Hitler-Stalin, que sella una

taba a volver a Moscú con informes de la cancillería británica sobre los propósitos de Hitler para con Rusia (complementarios de otros que le había hecho llegar Churchill a Stalin) cuando Hitler declaró la guerra a su ex amigo de circunstancias, y ello arrojó, por fin a la U.R.S.S. hacia el lado de Gran Bretaña, con la que tuvo que concertar acuerdos de mutua ayuda. Las noticias de Churchill a Stalin sirvieron para decidir a Rusia a ponerse en guardia contra Hitler y deben haber contribuido a estimular en el ex socio de Hitler una resistencia firme a no dejarse avasallar, en el campo de las tratativas, pues tras aquellas noticias iba, sin duda, la promesa de apoyo efectivo. Pero lo que hizo entrar a Rusia en la órbita de las fuerzas democráticas no fueron, ni podían serlo, los servicios diplomáticos de Mr. Cripps a quien sus semi-correligionarios del Kremlin no dieron nunca muchas esperanzas de éxito, sino la inopinada resolución de Hitler de meterse, por la fuerza, en el territorio ruso. Véase, por lo demás, la nota suplementaria del Prólogo, pág. 22.

EL LABORISMO BRITANICO

neutralidad nominal que no es sino una alianza efectiva, de hecho, entre el Reich y la URSS, o sea, entre el nazismo y el comunismo.

ANTE LA GUERRA

Esa patraña la ha destruído en forma definitiva uno de los más prestigiosos teóricos del laborismo británico. Nuestro Partido Socialista ha prestado al pueblo del Uruguay el valioso servicio de publicar en folleto, traducido por Ulises Riestra, el magnífico alegato de Harold J. Laski en defensa de la actitud del Partido Laborista. Su argumentación reduce a polvo el nauseabundo sofisma con que se ha querido corromper la moral de la clase obrera mundial ante la lucha del nazi-fascismo contra la humanidad y llenar de confusión la mente de las multitudes hasta en los países más amenazados por la invasión totalitaria.

"Los socialistas —dice— tienen siempre el deber de examinar cada situación histórica que se suceda con el cuidado de hacer una distinción entre sus elementos progresistas y reaccionarios; les corresponde apoyar a los unos y combatir a los otros. Mantenerse aparte es considerar que nada significan para el Socialismo.

"Y sin embargo, la guerra es claramente, y de manera especial en la escala actual, un acontecimiento tan revolucionario en la vida de los pueblos, que es notoria futilidad considerarla como un mero conflicto entre fracciones guerreras de la burguesía que en nada concierne a los socialistas.

"Este punto de vista, sugiero, está fundado en una completamente ilegítima analogía con la guerra de 1914-1918.

"Para los socialistas, la diferencia entre la guerra del 14 y la presente es fundamental. Es la diferencia entre el imperialismo francés e inglés, por una parte, y el de la Alemania hitlerista por otra. Los socialistas no necesitan negar ni olvidar todo lo malo o feo del primero; necesitan recordar constantemente las características esenciales del segundo.

"El imperialismo británico ha pasado ya su etapa de expansión y agresión; el imperialismo alemán inicia esa etapa.

EMILIO FRUGONI

"El efecto de la guerra sobre el imperialismo inglés será de desarrollar, aún en mayor grado, las tendencias centrifugas y desintegrantes que han ganado ya para los Dominios la posición de Estados virtualmente independientes y están empujando rápidamente a la India hacia la misma situación.

"El efecto sobre la Alemania hitlerista de una guerra victoriosa sería, evidentemente, la consolidación del poder de un nuevo y vigoroso imperialismo en el comienzo de su expansión y usando métodos de gobierno mucho más agresivos que los de la Inglaterra contemporánea.

"Tomo a la India Británica como un experimento crucial. No niego por un solo momento la opresión allí de la autoridad inglesa; pero aún esta opresión deja al pueblo hindú oportunidades para el progreso de su independencia nacional mucho más reales de las que existen en aquellas naciones que han caído bajo la dominación de la Alemania hitlerista.

"La razón es simple. El imperialismo británico ha sido esencialmente un imperialismo de exportación de capitales. Los capitalistas ingleses, en la persecución de mayores utilidades, han industrializado las colonias bajo su control; al proceder así, han preparado las fuerzas especiales (incluso las relaciones de clase) que hacen posible el desarrollo de la conciencia política y económica, cuya probable consecuencia es la emancipación.

"Pero el imperialismo fascista es de un tipo nuevo.

"Es, en primer lugar, una parte directa e intrínseca de la economía totalitaria del Estado fascista. Su fin no es el desenvolvimiento económico de los territorios que ocupa, en forma de desarrollar también a su población. Al contrario, trata de explotar sus recursos, especialmente las materias primas y la agricultura, mientras esquiva las consecuencias de la industrialización.

"Sus colonos, tanto en el aspecto humano como en el material, están condenados a ser los peones de una raza conquistadora. Esto puede verse claramente en el trato que da Alemania a las razas sometidas de Polonia y Checoslovaquia.

"Desde este punto de vista la conclusión que han de extraer los socialistas es vital.

"Esta conclusión será, seguramente, la de que, aun cuando la guerra es un conflicto entre imperialismos, los combatientes representan: de una parte, un imperialismo en contracción y de la otra, un imperialismo que se consolida, con toda la importancia que esa consolidación implica; de ahí que constituya un enemigo mucho mayor que un imperialismo, que,

EL LABORISMO BRITANICO

como el de Inglaterra, se encuentra ya en proceso de desintegración. Un imperialismo que se expande detendrá, necesariamente, como no podría hacerlo un imperialismo que se contrae, el progreso del socialismo dentro de la sociedad que aquél controla".

Y luego añade:

"Mientras la derrota de la Alemania hitlerista será la señal de la liberación de las fuerzas revolucionarias y con ella no sólo resurgirá el movimiento de la clase trabajadora alemana, sino también el estímulo definitivo para el progreso del movimiento obrero mundial, la victoria alemana, en cambio, aferrará aun más fuertemente el brutal control que Hitler ha impuesto sobre la clase trabajadora y envalentonará las influencias análogas en los países derrotados. Es seguramente probable que el crecimiento del fascismo en los Estados vencidos constituiría, como en Checoslovaquia, una parte del precio que Hitler impondría con su triunfo.

"Esto sentado, no comprendo como los socialistas puedan hacer otra cosa que trabajar por la derrota de Hitler; obrar diferentemente sobre las masas es contribuir a su victoria.

Exigir una paz a todo precio, o declarar que esta es una guerra imperialista entendiendo que su resultado en nada afecta a los trabajadores, es, me parece, ayudar a Hitler en una forma tan real como si se le ofreciera un apoyo militar."

HACIA UNA PAZ ASENTADA EN EL SOCIALISMO

He ahí por qué el laborismo, consecuente con la política de enérgica oposición al gobierno de Mr. Chamberlain por sus debilidades y vacilaciones frente a los totalitarismos agresores, no trepidó, pese a su orgánica aversión a la guerra y a su devoción fanática por la paz, en aceptar, sin discrepancias internas (pues la posición aislada de G. Bernard Shaw dentro de la Sociedad Fabiana no tuvo eco en sus filas) la responsabilidad histórica de acompañar a toda la nación en la contienda y contribuir a gobernarla para la mejor administración de su capacidad bélica y el

EMILIO FRUGONI

más firme sostén del espíritu de sacrificio hasta el más rotundo y completo objetivo. La declaración política aprobada por el Comité Ejecutivo y por la Conferencia Anual de 1940, celebrada en Bournemouth, ilustra con toda claridad sobre el ánimo con el cual ha tomado su sitio en los acontecimientos:

"Por segunda vez en una generación el pueblo británico ha sido llamado al profundo y trágico sacrificio de la guerra. Este sacrificio ha sido pedido como en 1914-18, en nombre de la Democracia y de la Libertad; sólo puede ser justificado si estos nobles fines se transforman en hechos reales en la vida común de los hombres y mujeres.

"La última guerra significó un esfuerzo inmenso para los trabajadores. Promesas altisonantes les fueron hechas en reconocimiento de este esfuerzo, promesas que sólo fueron parcialmente cumplidas. Hubo un avance cierto, pero un avance limitado. Nuestra Democracia es todavía una democracia incompleta. El standard de vida de millones de nuestros ciudadanos es aún inadecuado. Las oportunidades para la educación de las nuevas generaciones son todavía incompletas. Aun cuando haya una conciencia social más profunda que en el pasado, nuestra sociedad está aún en sus líneas generales basada en la concurrencia y desigualdad.

"El Partido Laborista llama a la Nación a reconocer que el día del viejo orden social ha pasado. Declara que sólo una valiente planificación socialista de los fundamentos de nuestra sociedad, puede darnos la fe y el poder, para hacernos eco del clamor de aquellos que nos traerán la victoria. Deben ser asegurados ahora que su sacrificio no será en vano.

"Hoy planificamos para las tareas destructivas de la guerra; el Partido Laborista insiste en que no es menos urgente planificar para las tareas constructivas de la paz. Los años transcurridos desde 1919 nos han enseñado que el mero conflicto de los intereses privados no podrá jamás producir una Comunidad de Naciones justa y ordenada. Nuestras palabras de orden deben ser: cooperación y no competencia; servicio público y no provecho privado.

"El Partido Laborista cree que la Nación está pronta para un nuevo orden social, cuyos fundamentos debe ser echados **ahora**. El pueblo ha llegado al convencimiento de que la justicia social en la política interna es una condición esencial para una paz duradera hacia el exterior.

EL LABORISMO BRITANICO

"El camino de la justicia está en el camino hacia la Democracia Socialista. Solamente por este camino la Nación puede entrar con entera confianza en posesión de su patrimonio.

"Después de 1918, hubo un apresurado retorno a los "negocios de costumbre".

"El Partido Laborista exigió entonces y exige ahora, que la organización para la guerra se encare con el sentido de que no habrá una vuelta hacia atrás; de que después de la guerra, el esfuerzo nacional de la guerra deberá ser utilizado en la edificación de una nueva Gran Bretaña.

"Mientras proyecta para la guerra, el gobierno debe proyectar para la paz y para una nueva sociedad. En lugar de contemplar el control del Estado como una infracción temporaria a lo normal, la ocasión debe ser aprovechada para echar las bases de una organización económica eficiente. Así, los ferrocarriles, la industria del carbón, y las partes fundamentales de las industrias de armamentos, deben ser transformados en servicios públicos durante la guerra, y el control público de las finanzas debe ser reforzado y consolidado. En la asignación de la carga financiera de la guerra, debe haber una intención definida de traer una justa distribución de la riqueza y no una tendencia a preservar las existentes desigualdades.

"Así, durante la presente guerra, la forma del nuevo orden emergerá del viejo. Los principales lineamientos del nuevo orden están claros.

"Aquellas industrias fundamentales y servicios, de los cuales la Nación depende, deben ser transferidos al dominio público. El poder financiero es la base de toda estructura económica; en consecuencia los Bancos deben estar sujetos al control público. La dirección de las inversiones es un crédito público que debe ser determinado por el interés público; dejarla a cargo de la decisión privada, engendra el despilfarro doméstico, la explotación colonial y también a menudo, la guerra. Debe también haber dominio público y control del carbón y de las fuerzas motrices, de las formas básicas del transporte, y en una progresión creciente, de la tierra. Sin estas primeras medidas de propiedad social, una planificación efectiva en interés de toda la Nación es imposible.

"El Partido Laborista insiste en que los principios del gobierno constitucional deben ser aplicados en la vida económica al igual que en la vida política de la Nación. Es por las Trade-Unions, por los inmensos

EMILIO FRUGONI

conocimientos técnicos de sus miembros, que puede ser posible un perfeccionamiento de la industria y de la agricultura. Las Trade-Unions deben, también, ser liberadas de las restricciones de las leyes actuales.

"Una adecuada organización de los consumidores en el Movimiento Cooperativo tiene una importancia especial en toda sociedad científicamente planeada. El gran movimiento cooperativo ha establecido ya en beneficio de 5.000.000 de familias un gran sector igualitario en la industria, y está destinado a jugar un rol aun mayor, en el futuro, en la esfera a que se ha dedicado.

.....
"Esta restauración será urgente después de la guerra. La Deuda Nacional habrá crecido enormemente; el monopolio industrial habrá avanzado; el costo de la vida habrá subido. Sin el socialismo estos cambios caerán sobre aquellos que menos capacitados están para soportarlos.

.....
"Dos tercios de la riqueza privada de este país pertenecen a menos de 500.000 personas, muchas de las cuales, en nuestro sistema de propiedad, no han hecho nada para ganarlas. El Partido Laborista propone, en consecuencia, una revisión drástica del sistema de herencia no solamente por su justicia intrínseca, sino para ayudar a quebrar esa tradición injusta que transmite la pobreza de una generación a la siguiente, y perpetúa las grandes fortunas por herencias no ganadas. Será necesario graduar los impuestos inmobiliarios. Otras tasas, recayendo sobre las ganancias excesivas y otras formas de ingresos no ganados, serán utilizadas. El Partido Laborista luchará vigorosamente contra las vergonzosas prácticas de la evasión a los impuestos que se han desarrollado en recientes años. Para terminar con la masa inerte de las deudas de guerra, un fuerte impuesto sobre el capital anual, durante la guerra, y un valiente tributo sobre el capital, después de la guerra, son indispensables.

"El Partido Laborista no busca tratar duramente a aquellos que han aprovechado de los privilegios de un sistema injusto. Pero estamos convencidos de que la existencia de vastas diferencias en las riquezas hace imposible las relaciones entre las clases en el sentido de que sean compatibles con el alcance de un bienestar común. Ellas acrecientan todas las dificultades en encontrar las necesidades de un mundo que está cambiando rápidamente. Hacen el privilegio cada vez menos consciente de las obligaciones sociales.

EL LABORISMO BRITANICO

"El pleno cumplimiento de este programa depende, en primer lugar, de la victoria en la presente guerra; porque una paz segura —que sólo la victoria puede traer— es la condición necesaria para el deseo y la capacidad de cumplirlo. Puede ser emprendido solamente por una Gran Bretaña libre y segura; y esto no puede suceder hasta tanto que la sombra del hitlerismo haya sido eliminada del mundo.

"Alcanzada la victoria —y el Partido Laborista está resuelto a alcanzarla— este programa es un hecho que el coraje y la energía de nuestro pueblo pueden llevar a una triunfante realización. Y si es alcanzado, haremos de la Nación una poderosa hermandad, en la cual la felicidad de cada uno esté asegurada por el esfuerzo de todos; y si es realizado, justifiaremos nuestro esfuerzo para el porvenir, del cual somos depositarios."

Ese documento demuestra que los laboristas ingleses hacen la guerra sin plegar el estandarte de sus aspiraciones renovadoras, sino al contrario, desplegándolo al aire mismo de la lucha, como hombres dispuestos a tomar pie en todas las circunstancias de la historia, que no rehuyen por cierto, para dar los grandes pasos de avanzada hacia la meta de justicia y de paz nunca desvanecida ante los ojos de su anhelo, reconfortado por una sólida confianza en el porvenir.

Ese punto de vista de combatientes que mientras se empeñan con inquebrantable decisión en llevar la guerra hasta el fin, no dejan de pensar en los problemas de la paz, reaparece con honrada franqueza, en un discurso pronunciado por el ministro de trabajo Ernest Bevin, el 19 de noviembre del pasado año, durante un almuerzo de los rotarianos en Londres.

El telegrama que nos trae la respectiva información, nos dice:

"En la primera declaración pública de un miembro del Gabinete sobre este aspecto de los objetivos de la guerra, el ministro de trabajo, jefe del Partido Laborista, afirmó que a la terminación de la guerra "e indudablemente durante ella" la seguridad social debe ser "el motivo principal de nuestra vida nacional". Agregó que "esto significa que toda la vida económica debe dedicarse a brindar seguridad no sólo a la pequeña clase media, sino a toda la comunidad.

"Mr. Bevin manifestó que un gran factor que contribuyó a esta guerra fué el hecho de que no se pudo erigir una estructura económica basada en la desigualdad. Agregó que a menos que Gran Bretaña advierta la importancia de la acción social, teme que después de esta guerra el país sea testigo de la misma historia de desocupación que

EMILIO FRUGONI

siguió a la guerra pasada. Señaló después Mr. Bevin: "Deben crearse nuevas bases. Es inútil que Gran Bretaña se dirija a los millones de hombres de Europa y otras partes del mundo en los términos de la libertad de Gladstone. Debe ofrecérseles una sensación de esperanza. Las cosas no pueden volver a ser como eran."

En otro discurso suyo encontramos los siguientes pasajes que nos parece sumamente útil transcribir íntegros.

Comienza con una constancia de innegable valor histórico:

"Ante todo debo hacer resaltar que el Congreso de las Trade-Unions en ningún momento, ni antes del cambio de gobierno ni desde mayo último, se ha negado a ayudar en nada que fuese necesario para el éxito de la guerra.

"Adoptamos el temperamento de la colaboración, aun con un gobierno que nunca podía disfrutar de nuestra plena confianza, porque comprendíamos cuán vital era la victoria para todos los ideales y principios por los cuales en toda su historia había luchado el movimiento de las Trade-Unions. Vital, en verdad, hasta para la continuación de la existencia del tradeunionismo y la vida de los tradeunionistas y de los representantes y los candidatos laboristas en todo el país!"

Y más adelante explica la razón por la cual el Laborismo ha tomado la resolución de llevar la guerra "hasta el final", señala las causas verdaderas del conflicto y dice por qué y para qué luchan los obreros ingleses:

"Lo que nos ha conducido a la firme determinación de llevar esta guerra hasta el final, es realmente el hecho de que en los movimientos gremial y laborista somos partidarios del principio de la libertad, de la ayuda mutua y de la dirección del Estado por el pueblo.

"Cualesquiera que hayan podido ser los móviles de aquellos que intentaron el apaciguamiento, puede decirse que tal política estaba destinada al fracaso porque los dos principios de gobierno de que he hablado son irreconciliables; y si Europa, al final de lo que es virtualmente una guerra civil, debe participar en la reconstrucción del mundo como un gran centro de cultura y de conocimiento económico y financiero; nosotros en este país debemos tratar de no ser influidos solamente por cuestiones de geografía o por lo que ha sido descalificado como intereses

EL LABORISMO BRITANICO

vitales, entendiéndose por "intereses vitales" las comunicaciones, los esferas de desarrollo y aun las materias primas.

"Debemos ir más a fondo, y elevar los principios de la paz más en alto que cualquiera otra cosa, o habremos condenado otra generación a renovar la lucha. Debemos ser hombres o mujeres libres o esclavos, y mientras no se haya llegado a la solución del problema, el conflicto será inevitable.

"Creo que en lo más recóndito de los corazones de los hombres y de las mujeres que he encontrado en el Congreso de las Trade-Unions en las grandes fábricas, en los pequeños garages y en otros lugares, así como en las oficinas que visité recientemente, la comprensión de eso es la base real de la urgencia espiritual que los hace resistir con indomable coraje la tentativa de los alemanes de intimidarnos por sus bombardeos, por su forma brutal de guerra y por el empleo de los grandes inventos de la ciencia para la destrucción, a fin de obligarnos a la sumisión. He sido testigo de ese espíritu, no expresado en actos espectaculares ni en ruidosas demostraciones, sino en la firmeza de su mirada, cuando los hombres le dan a uno la mano en el campo, en la fábrica, en los muelles o en los ferrocarriles, diciendo: "Hemos logrado mirar eso de frente".

El notable discurso termina con estas alentadoras y sensadas palabras:

"¿Cuál es el propósito de todo esto? Puede decirse que es doble. Por supuesto, el objetivo principal es ganar la guerra. Estamos desarrollando la gran reserva de fuerza de trabajo a fin de que nuestros ejércitos puedan ser equipados, alimentados y colocados en situación de lograr una rápida victoria con el minimum de pérdida. El enemigo no permanecerá tranquilo en la costa francesa, no ha pasado el peligro de invasión; puede volverse más agudo, o puede dirigirse hacia el Este, y aún puede dirigir ataques en otras direcciones. Sabemos que crece su desesperación; debe intentar obtener más victorias para satisfacer el voraz apetito que ha creado en su pueblo. Por lo tanto, este es el primer objetivo: ganar la guerra.

"El segundo es que en todo lo que estamos haciendo adquirimos una gran experiencia que podrá ser de empleo vital en la paz, y estamos resueltos a que la experiencia que adquirimos no sea perdida sino utilizada en el desarrollo de la nueva Gran Bretaña que queremos.

"Aquellos de nosotros cuya vida pública ha sido influida por

EMILIO FRUGONI

los principios que aprendimos en nuestra juventud socialista, descubren que esos mismos principios son de inmenso valor cuando son aplicados a las necesidades de la guerra y a las perspectivas del mundo que vendrá después de la guerra. La razón de ello es clara. En cuanto una Nación se halla envuelta en una gran crisis del carácter de la actual debe obrar colectivamente, y esto pone en juego a grandes fuerzas sociales. El individualismo debe ceder el lugar a la acción social, la competencia al orden, y el gobierno de la ley a la anarquía. No hay otra manera para la salvación del país. El trabajador individual debe ser avaluado sobre una nueva base. La destreza, la habilidad, la energía se vuelven las grandes fuerzas vitales para el éxito. Así derrotaremos a Hitler. Al mismo tiempo podemos crear condiciones por las cuales un nuevo avance será posible.

Es una posición aceptada por todos que el mundo nunca podrá ser equitativo mientras se declaren guerras de esta naturaleza. Algunas instituciones desaparecen; los sistemas son modificados; se revisan los valores.

"Pero el principio directivo que debe mover a los que todavía creen en los principios que bosquejé al comienzo de este discurso, debe ser que al trabajar para el destino de nuestro pueblo lo guíamos hacia un nuevo orden mundial, un orden que implica la expulsión de toda idea tendiente a restringir voluntariamente nuestra soberanía, y la aceptación de la obligación de trabajar con otros en el mundo en un gran esfuerzo común para producir una civilización más elevada."

Se oye en esa alocución hablar el alma de una clase trabajadora consciente de sus magnos destinos y orgullosa de salvar a una civilización del peligro de la barbarie, para regenerarla al conjuro portentoso de los más nobles anhelos del proletariado socialista.

UN HEROE COLECTIVO

Ese es también el acento y el contenido del mensaje que dirige al mundo el Laborismo británico a través y por

EL LABORISMO BRITANICO

medio de su 40ª conferencia celebrada en Londres a comienzos del mes de junio del corriente año. (1).

Una perfecta unidad de miras y un sentido muy certero de las realidades históricas han conducido a esa gran fuerza política construída con el cuerpo y el espíritu de la clase obrera a ocupar un sitio prominente en la cruzada contra la reacción totalitaria; y al mirar hacia ese asombroso espectáculo de los esfuerzos que realiza Inglaterra para no dejarse aplastar por la barbarie agresiva y para aplastarla a su vez, el más mediano observador ha de advertir que esa potencia democrática se salva, sobre todo, por la virtud activa de ese formidable elemento de cohesión y orientación popular que es el Laborismo.

La mentalidad del vulgo tiende a no ver en los acontecimientos políticos y en los hechos históricos de la vida

(1) En los días 2, 3 y 4 de junio de 1941 celebróse la 40 Conferencia Anual del Partido Laborista, a la que asistieron 600 delegados, los miembros laboristas del gobierno y en representación de la Internacional Socialista, el veterano luchador belga Camilo Huysmanns. Actuó como presidente D. Walter, delegado de los gremios del Hierro y el Acero.

Se votó una declaración sobre la política de guerra que dice, en síntesis:

"Declaramos una vez más que no podemos participar directa ni indirectamente en una política que signifique un arreglo, y que la victoria es el prelude necesario de una paz justa. Sería una locura y una traición de parte de aquellos a quienes nos dirigimos, confiar en una paz en que intervengan los señores Hitler y Mussolini. Los miembros del P. Laborista no podríamos sino sentirnos asombrados de que semejante idea encontrase cabida en la mente de un británico".

Esa declaración obtuvo 2.430.000 votos contra 19.000.

El Comité Ejecutivo había incluido en el temario del Congreso un memorándum sobre los propósitos de paz.

Había resuelto que sus dos proposiciones de declaración —la que hemos transcrito y ésta— se sometiesen a consideración y votación de los delegados para que las aceptasen o las rechazasen, negándose a admitir modificaciones. Ello obedecía, como se comprende, a las especiales cir-

EMILIO FRUGONI

de las naciones sino la influencia y la acción de las personalidades de primer plano, de los individuos que se destacan en el escenario público. Y hasta por una razón de economía de la atención y de facilidad para expresarnos, todos convenimos en erigir a tales personalidades en síntesis representativas de un momento de la historia de un pueblo, y todo cuanto ese pueblo hace en el plano de los hechos trascendentales lo referimos a ellas. Todos decimos que Inglaterra ha tenido la suerte de encontrar en esta hora decisiva un hombre, un dirigente excepcional: Churchill. Récia y poderosa figura. Es innegable. Pero a poco que meditemos, si contemplamos lo que el Laborismo representa y hace en esta obra abnegada y tremenda de desplegar hasta el máximo las energías vitales de una nación en el trance de su guerra más espantosa, comprendemos que nadie ni

cunstances en que se efectuaba esta conferencia, que exigían pronunciamientos firmes como expresión de la unidad de miras reinante en el Partido.

Establece dicho documento que debe hacerse ahora un plan nacional tendiente a facilitar y hacer llevadero el período de transición hasta la paz definitiva; declara "intolerable" la desocupación en masa, pide que se eliminen las zonas donde hay miseria, declara que en tiempo de paz como en tiempo de guerra las finanzas deben estar subordinadas y no ser los amos de la conducta política.

Expresa la confianza de que la fiscalización de los capitales y grandes empresas establecidas en tiempo de guerra continuará después de la guerra, cosa que permitirá que los obreros lleguen, como consecuencia de la victoria sobre el hitlerismo, hacia la "justicia social".

Mr. Hugh Dalton, Ministro de la Guerra Económica en el actual gabinete y miembro del partido laborista y de su comité ejecutivo, expresó que así como era firme la resolución de ganar la guerra, "es firme e inquebrantable nuestra resolución de ganar la paz". Agregó que en la misma forma en que muchos edificios habían sido bombardeados e incendiados esperaba que muchas viejas ideas quedarían aplastadas y no volverían nunca más a la vida. El Comité Ejecutivo del Partido Laborista designó una comisión especial encargada de preparar "planos" para la construcción de "la nueva Gran Bretaña" después de la guerra.

EL LABORISMO BRITANICO

nada iguala en ese sentido a esta mayúscula personalidad colectiva, que se yergue como un héroe a la altura de los más encumbrados que pudieran merecer e inspirar el elogio de Carlyle.

De ahí, de las filas de esa organización de trabajadores, salen hombres públicos dotados de una insuperable pujanza, de dinamismo realizador y de un raro equilibrio espiritual. La dura experiencia de una vida de trabajo y de acción en el ambiente de las fábricas, de las minas o de los puertos, una ascensión penosa y constante por escarpadas rutas, desde la humildad de orígenes oscuros hasta la cima moral de una confianza pública ganada por méritos positivos al corazón de las multitudes, una forja de sí mismos en el empeño de formarse solos y de servir a sus convicciones políticas y sociales sin ninguna ambición personal ni ningún prurito de espectacularidad frívola, van formando esas personalidades sólidas y eficientes en que aparecen como concentradas las mejores cualidades de las masas laboriosas. De su contacto permanente con ellas han recogido la palpación auténtica del alma popular en sus más profundas zonas. El esfuerzo de orientarlas o servirles les ha desarrollado especiales aptitudes de comprensión de las necesidades populares que son en ellos como un sexto sentido. En la atmósfera de las asambleas laboristas ellos reciben corrientes de sentimientos y de estímulos que los yerguen ante los hechos con inquietudes idealistas al par que abren su criterio y lo preparan para la mejor compenetración de los fenómenos sociales. Porque el Laborismo inglés es una gran escuela para la vida política moderna. De sus filas salen esos hombres públicos sencillos y doctos, activos y reflexivos, que llevan siempre su arado prendido a una estrella, porque es un partido que tiene un alma, y ésta es tan animadora y

EMILIO FRUGONI

tan fértil, que se irradia en todo el amplio seno de la clase trabajadora británica, de todo el proletariado, dentro y fuera de sus organismos sindicales.

De él emana una irradiación fecunda de idealidad — siempre bien adecuada a las exigencias de un imperturbable buen sentido— que a menudo levanta el espíritu de la clase obrera a posiciones altruistas, por encima de estrechas solicitudes del interés corporativo o de los sentimientos particularistas de sector social.

A él se debe, sin duda, y a la influencia que ha adquirido sobre la mentalidad y la sensibilidad obreras de Gran Bretaña, esta gallarda actitud espontánea y unánime de sacrificio ante los deberes impuestos por la guerra. El mismo espectáculo habrían ofrecido los obreros de Estados Unidos si en la gran república del Norte las fuerzas del trabajo hubieran sido capaces de organizarse en un partido como el Laborista de Inglaterra, que sabe defender el salario y luchar por el bienestar y aun por la emancipación de los trabajadores sin dejar de lado, sino enarbolando con orgullo (para fecundarse e iluminarse con su sombra) la bandera de los principios cardinales de transformación social.

En Estados Unidos una clase obrera reacia a toda preocupación ideológica y sólo atenta a los problemas de su situación material en la esfera de su trabajo y de sus relaciones con el patrono, no ha podido sino organizarse seriamente para la simple acción gremial. Es en el terreno de las actividades sindicales donde ha constituido grandes organizaciones. La Federación Americana del Trabajo y el Congreso de Organizaciones Industriales cuentan con varios millones de afiliados. Todos los oficios cuentan con sindicatos obreros formidables. Tiene el obrero de EE. Unidos una innegable aptitud de organización y una magnífica capaci-

EL LABORISMO BRITANICO

dad de lucha en defensa de sus intereses. Sostiene huelgas colosales. Realiza movimientos imponentes. Suele plantear conflictos de mucha trascendencia económica y mantenerse con coraje en posiciones combativas. Pero no se mueve sino por mejoras de salario o de horario; por intereses de oficio; cuando más, por derechos sindicales. No se eleva por encima de los problemas elementales de la vida gremial. Rechaza con horror o con desprecio las ideologías. Se bate, de pronto, con otros obreros por razones de táctica gremial. La rivalidad entre la Federación Americana del Trabajo y el Congreso de O. Industriales —que hoy divide en dos fuertes bandos a las masas asalariadas de ese país— responde a diferencias de "estilo vital", de temperamento en la acción frente a las empresas. No existe en ese conflicto ninguna razón de ideas. Ni siquiera el método o principio de la lucha de clases tiene algo que ver en ello, pues ambas centrales obreras prescinden de pronunciarse a su respecto o declaran ser ajenas al mismo. Nada de principios, pues, ni de idealidades. Eso es propio, por lo demás, de una clase productora sobre cuyo espíritu se deja sentir la influencia del clima social en esa enorme nación en que las máximas potencias del capitalismo llenan el ámbito moral con la presencia fenicia de preocupaciones mercantilistas absorbentes, donde su majestad "el negocio" constituye el eje en torno del cual giran la vida y el destino de millones de personas.

Esa renuencia a guiarse por doctrinas en el campo de su actuación de clase, que trajeron consigo, sin duda, los primeros obreros ingleses llegados a esas playas, y reforzaron otras corrientes inmigratorias ávidas tan sólo de mejoramiento económico, explica que no haya en Estados Unidos, pese a su intenso industrialismo, una fuerza socialista considerable. Hay dos partidos socialistas: el "Socialist La-

EMILIO FRUGONI

bour Party" y el "Partido Socialista", que agrupan pocos miles de afiliados. El más importante de los dos, el Partido Socialista, contará con treinta mil afiliados y lleva alrededor de cien mil votos a las elecciones presidenciales, aunque militaron o militan en él figuras tan prestigiosas como las de E. Dews, M. Hilquit y N. Thomas. Tampoco crecen mucho las filas del comunismo, pese a que ha concluido por deshacerse de toda doctrina para consagrarse a reclutar adictos entre los obreros más ignorantes y más explotados valiéndose de las reivindicaciones prácticas del más inmediato reformismo mejorista, con aditamento de los tópicos tradicionales del patriotismo y reclamaciones en pro de la igualdad de razas, que lo acercan a los trabajadores negros más incapaces de comprender cualquier ideología. Existen, asimismo, grupos anárquicos, y hubo un momento en que se dejó sentir la influencia de las corrientes anarquistas en las masas obreras de algunas ciudades, sobre todo en Chicago. No faltan, naturalmente, quienes se levantan por encima de las solicitaciones corporativas y hasta las posponen a las de un ideal lejano, como aquellos mártires de las jornadas sangrientas del año 1887 en dicha ciudad. Pero la gran generalidad de esas masas laboriosas se muestra indiferente e impermeable a las concepciones de renovación social y a toda filosofía de la acción obrera, que se mantiene allí —por lo que respecta a los más numerosos sectores del proletariado— al margen de cualquier sistema de ideas generales y fuera del campo de la política de ideas, pues la inmensa mayoría de los trabajadores engruesa las filas de los dos viejos partidos tradicionales de la burguesía. (1).

(1) Cabe, sin embargo, hacer notar que gana terreno en el seno de las organizaciones gremiales obreras la tendencia a pronunciarse res-

EL LABORISMO BRITANICO

Si en Estados Unidos de Norteamérica hubiera podido formarse una fuerza política como el Laborismo británico, con su espíritu socialista y la amplitud de su visión histórica, las maniobras de los enemigos de la democracia, los agentes de los totalitarismos, no lograrían sacar partido, para sus planes de sabotaje de la producción bélica en estos instantes, de las diferencias entre el trabajo y el capital y del legítimo deseo de los asalariados a mejorar de remuneración cuando aumenta el trabajo y crecen las ganancias de las empresas.

Un gran partido socialista, que controlase como el Laborismo inglés, directa o indirectamente, el ánimo colectivo

pecto de las concepciones políticas y a darse una colocación definida con relación a un programa político.

La Tercera Convención de la Federación de Organizaciones Industriales, con 4.000.000 de afiliados, celebrada en Atlantic City del 18 al 22 de noviembre de 1940, tomó entre otros acuerdos los siguientes:

"CONTRA VARIAS DOCTRINAS POLITICAS. Condenando el nazismo, el fascismo y el comunismo, "como hostiles al bienestar de los trabajadores y destructivos para nuestra forma de gobierno".

"ACCION POLITICA. Pidiendo a las directivas que consideren seriamente la formulación de un programa que garantice y asegure un papel político independiente a los trabajadores organizados en vista del hecho: a) de que las inminentes crisis de naturaleza mundial han echado sobre los trabajadores no sólo la responsabilidad de salvaguardar sus propios intereses sino la de encontrar un programa de acción común con todos los demás elementos progresivos de los Estados Unidos y del resto del mundo; b) de que los recientes acontecimientos han demostrado que los trabajadores deben organizar sus actividades políticas de manera que sean capaces de asumir su fortaleza plena e independiente poniéndose de ese modo en situación de dar y recibir la mayor cooperación en un programa político común con otros grupos políticos".

La Sexagésima Convención Anual de la Federación de Asociaciones del Trabajo, que tuvo lugar del 18 al 29 de noviembre último, con la presencia de 600 delegados que representaban 4.274.443 de afiliados adoptó por unanimidad la resolución siguiente: "Nuestro Comité se une al Consejo Ejecutivo en la expresión del deseo y votos fervientes de que

EMILIO FRUGONI

de casi la tercera parte de la población hábil de la nación y de casi la totalidad de los trabajadores privados de la misma, hubiera reforzado la unidad del espíritu nacional en torno de una política de ayuda franca y eficaz a Gran Bretaña hasta por obedecer a los estímulos de la solidaridad con los trabajadores británicos empeñados en una lucha admirable en defensa de sus libertades y de su destino histórico. Esos estímulos de la solidaridad obrera por encima de las fronteras políticas y de las distancias geográficas no surgen en las masas populares sino bajo la influencia de las enseñanzas e inspiraciones del Socialismo, que abre el espíritu de los hombres y los vincula a la suerte de todos

Gran Bretaña gane, reconociendo con el Consejo que ella se mantiene como el último baluarte en el Viejo Mundo en la defensa de la democracia y de la forma democrática de gobierno. Nuestras simpatías van hacia su pueblo, los hombres y mujeres que componen la Federación de Asociaciones de Trabajadores Británicos y hacia todos los que están luchando en una heroica batalla con tremendas deventajas.

"Nos unimos a la propuesta del Consejo Ejecutivo en favor de dar toda ayuda y asistencia posible a la Gran Bretaña en su hora crítica por parte de nuestro gobierno, menos entrar en la guerra.

"Los trabajadores de Inglaterra y sus aliados están luchando a vida o muerte con las dictaduras nazi y fascista que amenazan la libertad de todos."

Aprobó también un informe sobre CONFERENCIAS DE POST-GUERRA y CONDICIONES DE PAZ, uno de cuyos párrafos dice:

"Tenemos que enfrentarnos con nuevas responsabilidades en el Hemisferio Occidental y con nuevas relaciones con el Viejo Mundo pero confiamos en el valor y en la sabiduría para que nos ayuden a unirnos con los hombres y naciones de buena voluntad para que así el progreso técnico aporte su contribución a niveles de vida más elevados, y a una liberación de las cargas materiales de la existencia, a fin de que hombres y mujeres tengan libertad para dedicar su atención al progreso de la vida intelectual y espiritual, mejorando nuestro conocimiento y ejercicio de los deberes de la ciudadanía. Los trabajadores quieren ayudar a poner las realizaciones de la inteligencia y del esfuerzo humano al servicio de la humanidad."

EL LABORISMO BRITANICO

los pueblos de la tierra en el afán común de contener el despotismo y de conquistar la justicia.

Estados Unidos padecen, del punto de vista de la unidad de su espíritu público ante el problema de su defensa y de la defensa de la democracia mundial, de una falta de cohesión decisiva que le han impedido adquirir las corrientes, muy poderosas en su seno, de un neutralismo en que desembocan la instintiva propensión de las masas a permanecer alejadas del conflicto bélico, las tendencias del viejo pacifismo incompatible con las armas y las maniobras y esfuerzos de los agentes del nazismo y del comunismo. (1). Estos encuentran terreno propicio para el éxito de sus actividades en la carencia de un fuerte factor de aglutinamiento de voluntades y conciencias populares para la acción política en el campo obrero, que es aquel donde pueden hallar esas actividades más ocasiones y circunstancias favorables.

Hace falta allí la presencia de una organización política de clase fundamentalmente comprometida con los principios democráticos, capaz por su importancia numérica y su gravitación en la vida política del país, de imponer en el plano de los asuntos nacionales de gobierno la presión directa y definida de una voluntad auténtica y completamente representativa de los sentimientos del pueblo trabajador.

Ella sería la que daría al obrero estadounidense la se-

(1) Como ya lo hemos advertido en notas anteriores, mientras este libro se hallaba en prensa, se produjo, de pronto, el rompimiento entre Hitler y Stalin. Inmediatamente, el comunismo se vió obligado a cambiar de disco, abandonando el de la neutralidad y pasando a reclamar la ayuda bélica de Estados Unidos y del mundo a la U.R.S.S., que apareció quemándose en el fuego con el que había venido jugando, o sea, en la hoguera que contribuyó a encender y a mantener encendida al asociarse con el Reich y al aprovisionarlo.

EMILIO FRUGONI

gura sensación de una responsabilidad de hecho y de derecho en las actitudes nacionales de la hora, comenzando por que su existencia ya habría significado un cambio sensible en el aspecto legal de las relaciones del capital con el trabajo y un freno para las ganancias obtenidas por unos pocos a costa de los sacrificios de todos, con lo cual el problema de la colaboración de los productores asalariados en la defensa y en la guerra se plantearía en condiciones distintas, menos fáciles para las prédicas del derrotismo.

En Gran Bretaña existe ese factor político. Bajo su presión la guerra se hace con el real sacrificio de todos y nadie puede sacar de ella ventajas económicas. Los obreros saben y sienten allí que se trata de una contienda que es también de ellos y para ellos, sostenida por la voluntad de ellos, dirigida en gran parte por ellos, a través de ese clarividente partido que los congrega, los expresa y los defiende.

UN MENSAJE DE OPTIMISMO

Todo ello significa que si Gran Bretaña es por su actitud heroica ante las potencias del eje totalitario la esperanza del mundo en la hora presente, el laborismo británico constituye la esperanza de un futuro mejor, que como maravilloso árbol de la justicia y de la libertad humana habría brotado de una tierra abonada por la sangre de millones de hombres, entre los escombros de una sociedad arrasada por el efecto de sus propias culpas en días horribles de inenarrables desventuras, cuando la muerte realiza sin descanso su espantosa cosecha macabra.

Ante el horroroso acontecer de estas horas, la voz del Evangelio clamando "paz en la tierra para los hombres de buena voluntad" adquiere el sentido claro e intergiversable

EL LABORISMO BRITANICO

de una exhortación a concluir para siempre con la mala voluntad de los hombres.

Y para ello ha de ser sin duda necesario aplastar primero a las fuerzas de barbarie y discordia que hoy hacen imposible la tranquilidad de los pueblos, y organizar en seguida el mundo de manera que esas fuerzas no puedan resurgir y con ellas queden definitivamente sepultados todos los elementos que hoy arrojan a unos hombres contra los otros para que como las fieras de la selva vivan de lo que matan o se nutran de los despojos de sus víctimas o se enriquezcan empobreciendo a los demás.

Ese es el pensamiento y el mensaje del Partido Laborista.

La antorcha de su fe en el porvenir de justicia y fraternidad no se apaga en el feroz huracán que sacude al mundo ni cae de sus manos mientras atiende a la urgentísima tarea de hacer la guerra en nombre de su nunca desmentido y mil veces probado amor a la paz. En esa actitud de sereno gladiador sin alardes y sin desplantes, que es asimismo la de toda la nación británica, no se olvida de su verdadera misión histórica, de su específica obligación para con la clase trabajadora y los principios de la democracia social. Y así lo vemos agigantarse en el cumplimiento de su deber y alcanzar las dimensiones de una potencia internacional que cumple su destino propio; y constituir, en medio de tantos desconcertantes e irreparable derrumbes, el más soberbio ejemplo de consecuencia con el ideal y de asombrosa abnegación para servirlo y sustentarlo.

Hoy es de sus manos de donde brota, levantándose como el verdadero Santo Grial por sobre las tinieblas y dolores del mundo, la aurora que hace veinte años creímos

EMILIO FRUGONI

ver alzarse, también entre olas de sangre, en el opuesto confín del continente europeo.

Inclinemos, agradecidos, nuestra frente ante ese advenimiento augural, cuantos ansiamos un porvenir de justicia, de fraternidad y de paz, bajo el cielo todavía imperturbado y luminoso de nuestra América.

BREVE EPILOGO

El más reciente episodio de la lucha que despedaza a Europa —el choque entre Alemania y Rusia— añade nuevos motivos de reflexión sobre el papel histórico del Laborismo inglés.

Ese choque significa, por un lado, el fracaso de la política de contemporización y amistad con Hitler mantenida por Stalin con la esperanza de eludir la entrada en la vorágine y poder quedarse aguardando el momento de cosechar en la paz, después de haberse ido enriqueciendo sin mayor esfuerzo con los despojos de los vencidos, como en Polonia, o de los neutrales débiles, como en Finlandia, en los Estados bálticos y en Rumania.

Por otro lado, significa, entre otras cosas, el error de Hitler respecto al espíritu del gobierno británico, que él creyó pronto a consentir en un arreglo cuando lo viese arrojarle contra Rusia, para así permitirle aplastar al comunismo soviético. (1).

También Stalin especuló con la fama de taimado y artero del gobierno británico cuando se negó a construir el "cerco de la paz", el pacto tripartito que hubiese evitado la guerra, alegando su temor de que si Alemania atacaba a Rusia, las democracias, sobre todo Inglaterra, "la pérdida Albión", la dejarían aplastar para después hacer la paz con

(1) Un telegrama de la U. P. fechado en Angora el 25 de junio, decía: "En fuentes diplomáticas neutrales se reveló hoy que el embajador de Alemania, Franz Von Papen, había hecho llegar al gobierno británico, por intermedio de Turquía, una propuesta de paz concreta, pero se asegura que el embajador británico la rechazó de plano".

EMILIO FRUGONI

el nazismo. Esta explicación del pacto nazi-germánico llegó a ser una consigna de la prédica comunista en todos los países democráticos. Y la prensa soviética, así como los dirigentes rusos, no perdieron ocasión de decir que la URSS nunca se prestaría "a sacar las castañas del fuego" para los imperialismos, con lo cual creían justificar sus buenas relaciones con el Reich mientras éste devoraba casi todo un continente. (1) A esas suposiciones de estadistas de mala fe, que a todos creen de su condición, ha respondido ante los hechos el gobierno de Churchill con un mentís rotundo y magnífico, que fué toda una lección de política leal, serena y sensata.

Los que pudieron admitir en algún instante que Gran Bretaña se sentiría movida a transar con el nazismo cuando éste arremetiera contra la URSS, ignoraban la realidad política británica de estos últimos años.

Para que tal cosa ocurriese sería necesario que el Laborismo quedase privado de la influencia que hoy ejerce en el curso de los acontecimientos y de la política exterior de su país.

Ya hemos dicho que el Partido Laborista se propone guiar a Gran Bretaña, en sus relaciones internacionales, por sendas de honradez y de rectitud moral, abandonando vie-

(1) El día anterior a la declaración de guerra de Hitler contra Rusia, el periódico comunista bonaerense "Orientación" decía:

"En el estado actual de las cosas un conflicto germano-soviético parece concordar más con los deseos anglo-yanquis que con las intenciones de Hitler".

Y el mismo día, domingo 22, el diario comunista "La Hora", también de Buenos Aires, decía, en grandes titulares:

"El imperialismo mundial usa a Hitler para atacar a la U. R. S. S." Hasta el último instante los comunistas atribuían a los gobiernos de las democracias torvas intenciones para con la U. R. S. S. y los presentaban como dispuestos a sacrificarla a la voracidad nazi.

EL LABORISMO BRITANICO

jos resabios de avidez imperialista y de prepotencia del más fuerte con miras a tomar, allí donde lo encuentra, todo aquello que convenga a los fines de su poderío y de su afán de mantenerlo o de acrecentarlo. El Laborismo reclama normas de justicia internacional, y no se complica a sabiendas con atentados ni con actitudes tortuosas. No ha de ser, pues, posible, mientras él pueda influir en la marcha de los sucesos, cambiar de rumbo en la dirección de la guerra para cambiarle de objetivo. El nazismo es su primer enemigo. Nada vale tanto para él como derrotarlo. Y su propia condición de gran partido de la clase trabajadora, con un programa y una idealidad socialista, era una firme garantía de que no habría de permanecer impasible ante el aplastamiento de una nación de campesinos y obreros —pese a ser gobernada por un régimen de dictadura totalitaria— para implantar en ella el predominio de la barbarie nazi.

El "honi soit qui mal y pense" del escudo británico asume ante estos hechos una significación profética gracias al nuevo espíritu que el Laborismo infunde en estos momentos a la dirección de la política británica, sobre la cual tanto puede actualmente.

INDICE

Págs.

PARTE PRIMERA

I.—Prólogo del autor	5
II.—Nota suplementaria	25

PARTE SEGUNDA

I.—Definiciones	29
II.—Las persecuciones	30
III.—Un discurso de Lord Byron	33
IV.—Fines y tácticas	35
V.—La revolución industrial, las luchas obreras y la legislación de fábricas	36
VI.—Afirmación del tradeunionismo	39
VII.—Dos tendencias	42
VIII.—El Cartismo	45
IX.—El Librecambismo	48
X.—El movimiento sindical. Su ampliación	49
XI.—La lucha ante los Tribunales	50
XII.—Surgen el Congreso Anual de las trade-unions y la Liga de Reforma	51
XIII.—El movimiento obrero en el campo político ..	53
XIV.—Un nuevo sistema de presión	54

PARTE TERCERA

I.—Nace el Partido Laborista	56
II.—La Federación Social-Democrática	58
III.—La Sociedad Fabiana	59
IV.—El Partido Laborista Independiente	61
V.—La faz gremial y la faz política de la organiza-	

I N D I C E

Págs.

ción obrera	64
VI.—Del hecho a la idea	70
VII.—El proceso de evolución	71
VIII.—Un ideario sin dogmas excluyentes	74
IX.—El programa laborista	76
X.—Un debate memorable	78
XI.—Laborismo y Monarquía	79
XII.—El laborismo y el Imperio	86
XIII.—La cuestión de la India	90
XIV.—El laborismo y la paz	93
XV.—En la trinchera de la democracia	96
XVI.—Ante la guerra	99
XVII.—Hacia una paz asentada en el socialismo	101

PARTE CUARTA

I.—Un héroe colectivo	108
II.—Un mensaje de optimismo	118

PARTE QUINTA

I.—Breve epílogo	122
------------------------	-----

"Afirmación" es una empresa editorial absolutamente desinteresada, cuyo único norte es difundir la cultura.

Inicia sus publicaciones con este pequeño libro que inaugura la serie de Temas Político - Sociales (carátula roja). Será seguido inmediatamente de otros sobre diversos temas.

Tenemos en vista para su publicación inmediata un libro de Adolfo Montiel Brillesteros: "QUERENCIA" — cuentos uruguayos — que iniciará la serie Literaria (carátula verde).

Luego publicaremos el segundo volumen de la Serie Político - Social que versará sobre "Los Impuestos desde el punto de vista social" cuyo autor es el Dr. Emilio Frugoni.

16/00